

*Navarra y el carlismo durante el régimen de Franco:
la utopía de la identidad unitaria**

*Francisco Javier Caspistegui Gorasurreta
Universidad de Navarra*

¿Existe una identidad de Navarra?

Es indudable la importancia de la historia para la afirmación identitaria de una comunidad. Así como la memoria proporciona el fundamento para la identidad del individuo¹, la historia se convierte en proveedora de fundamento, guía de referencia, cantera de argumentos y soporte último de inteligibilidad; sirve para entender nuestro hoy e insertarlo en la vía hacia el futuro. Sin embargo, no es frecuente la coincidencia de pareceres acerca de la historia. Generalmente, el consenso que supone no engloba a la totalidad, y más que de consenso hay que hablar de disenso o, en el mejor caso, de suma de consensos, lo que no deja de ser un tanto contradictorio. Algo similar ocurre con el propio concepto de identidad, reciente en su acepción más amplia y, por tanto, sometido a diversidad de pareceres².

* Este artículo revisa y amplía el publicado en *Signos de Identidad Histórica para Navarra*, II (CAN, Pamplona, 1996), pp. 355-370. Quiero agradecer la opinión de los profesores I. Olábarrí, J.M.^e Usunáriz, M.M. Larraza, J. MacClancy, J. Longares y J. Nubiola, así como el apoyo de R.M. Martín de la Guardia, y especialmente de mi mujer, Yolanda.

¹ Véase OLÁBARRI, Ignacio, «La resurrección de Mnemósine: Historia, memoria, identidad», en: OLÁBARRI, I. y CASPISTEGUI, F.J. (dirs.), *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad* (Madrid, Ed. Complutense, 1996), pp. 145-173.

² Pueden verse a este respecto los artículos de GLEASON, Philip, «Identifying Identity: A Semantic History», *Journal of American History*, 69/4 (1983), en el que se traza la trayectoria de un concepto de amplio uso a partir de su utilización por Erik H. Erikson en 1950, inicialmente restringido al ámbito individual y posteriormente extendido a marcos mayores y con un sentido más amplio; HANDLER, Richard, en su «Is 'Identity' a Useful Cross-Cultural Concept?», (en: GILLIS, John R. (ed.), *Commemorations. The Politics of National Identity*, Princeton University Press, Princeton, 1994, pp. 27-40), aboga, en cambio, por un uso muy restringido del mismo, tanto por su alcance occidental, como por la variabilidad de significados en otras épocas, aspecto éste por el que critica a Gleason (pp. 27, 30, 34, 37-38). SMITH, Anthony D. («The formation of national identity», en: HARRIS, Henry (ed.), *Identity*, Oxford, Clarendon Press, 1995, pp. 129-153) señala la necesidad de diferenciar y tener muy en cuenta los dos niveles de la identidad, el individual y el colectivo.

Habitualmente también, existe una tendencia hacia el predominio de una visión o entendimiento de la identidad comunitaria que necesariamente provoca conflicto en diversos grados, en parte por la existencia de versiones contrapuestas de carácter minoritario, en parte por el convencimiento de su hegemonía en la tendencia dominante y su intento de extenderla.

Este intento de imposición identitaria se refleja en una soterrada lucha de poder, en la pretensión de imponer desde estructuras generales la idea, la visión o el entendimiento de un grupo humano concreto. Para ello se recurre a la afirmación de principios, a la utilización de los elementos que se consideran prototípicos para fundamentar la base de una identidad. Símbolos, mitos y conmemoraciones, es decir, los signos del pasado, son empleados para inventar, conformar y fundamentar una visión colectiva. No significa esto ningún tipo de negación de la existencia de dichos elementos o de su legitimidad, ni una reducción de los mismos a meros elementos de cambalache ideológico o partidista. Sin embargo, el hecho de su existencia no oculta su utilización espúrea e ilegítima.

Los ejemplos podían ser muchos; nosotros hemos elegido el de Navarra durante el franquismo por tres razones, en primer lugar por la escasez de puntos de referencia históricos existentes; en segundo término por la imagen homogénea que de ella se proporciona y, por último, por la evidente intencionalidad de dicha imagen. No haremos un repaso por la totalidad de los puntos de vista posibles. Nos centraremos especialmente en uno de ellos, el carlista, en parte por constituir el referente político e ideológico fundamental en el que se basó la imagen analizada.

El mito³: la asociación de Navarra con el carlismo

Como tal mito, los vínculos que se establecen entre Navarra y el carlismo suponen una forma de afianzamiento, de cohesión cultural y de configuración moral, constituyen una vía para constituir la identidad como grupo en referencia y por oposición a otros grupos. En este sentido, la asociación de esas dos realidades supone un mito en cuanto que busca sustentar una visión de Navarra de acuerdo a principios concretos que marquen pautas y confieran seguridad en la trayectoria hacia el futuro.

Ya desde el siglo XIX el carlismo fue tradicionalmente asociado a regiones concretas. Influyó en ello la compleja mezcla de factores que lo componían, y que fue

³ Utilizo aquí una definición de mito que lo caracteriza como discurso de referencia inserto en un universo de sentido y que ha perdido cualquier referencia a su origen individual para integrarse en la sociedad o grupo que lo acoge. Sufriendo la acción del tiempo, el mito va ganando nuevos matices y perdiendo aquellos elementos que dejan de ser reconocidos por quienes los transmiten, buscando con ello seguridad, adecuación a la realidad y explicación de ésta. Véase BIDOUX, P. y DESVEAUX, E., «Mythe», en: BONTE, Pierre y IZARD, Michel (dirs.), *Dictionnaire de l'Ethnologie et de l'Anthropologie* (Paris, PUF, 1991), pp. 498-502 y «Utopía, mitos e imaginarios sociales», en: OLÁBARRI, I y CASPISTEGUI, F.J., *La «nueva»...*, pp. 233-269.

circunscribiéndose, con más fuerza que en otros lugares, a Navarra, Guipúzcoa, Alava y Vizcaya.

Lo que desde comienzos de la II República constituyó la minoría vasconavarra en las Cortes, representativa del que Indalecio Prieto calificó como Gibraltar vaticanista, reflejaba una compleja realidad política y social. Posteriormente, el enorme impacto que supuso la guerra civil redujo la identificación geográfica, que pasó a limitarse casi exclusivamente al caso navarro⁴. Esta progresiva delimitación hizo que, a su vez, aumentara su rotundidad. Lo que había admitido cierta diversidad, aunque siempre sin merma de los fundamentales principios religiosos, tras la guerra civil, y como fruto del maniqueísmo del conflicto, acabó absolutizándose, anatematizando a cuantos habían optado por una posibilidad distinta a la propia. Ello llevó, igualmente, a que la identificación de Navarra en su conjunto con el carlismo -a pesar de las evidentes diferencias- fuese monolítica, argumentándola mediante una nueva formulación de la tradición histórica previa. Este mito iba a fundamentar un punto de vista sin fisuras aparentes al menos hasta mediados de los años sesenta⁵.

Por otra parte, lo que tan claro estaba para el discurso oficial, suponía el disgusto de muchos carlistas, navarros y no navarros, que consideraban esta asociación como una forma de quitar importancia al carlismo en su conjunto⁶.

Pese a todo, la importancia de esta concepción fue considerable, basada en la idea de una trayectoria histórica de Navarra como defensora y encarnación de los valores del tradicionalismo, generalmente carlista⁷: «Navarra es, pues, sinónimo de Tradición», vínculo que ya se recogió en el acto inaugural de la defensa de lo tradicional contra los franceses en la guerra de la Independencia: «luchando con el mismo fervor en defensa de la causa carlista, identificada con su historia, con su manera de ser y con los Fueros». Estas guerras «configuraron de manera permanente el carácter de esta región, asignándole el papel de defensora de las más puras esencias

⁴ El caso Alavés, aunque de gran importancia durante la guerra civil, perdió fuerza desde el inicio del franquismo. Puede verse: RIVERA, A., «La implantación del nuevo Estado franquista en Alava», *La Guerra Civil en el País Vasco. 50 años después* (Bilbao, Universidad del País Vasco, 1987), pp. 315-327 y UGARTE, J., «Lehen Frankismoaren Agerpena Araban», *Cuadernos de Sección. Historia Geografía*, 17 (1990), pp. 209-229.

⁵ Tampoco la realidad carlista era la de una homogeneidad absoluta, pues ya desde los años cuarenta comenzó a reflejar tensiones y divisiones en su seno. Cf. CASPISTEGUI, F.J., *El Carlismo: transformación y permanencia del franquismo a la democracia* (Tesis doctoral inédita, Pamplona, 1996).

⁶ J.A.Z., (Pamplona, 2-5-1995, p. 20), señalaba: «¡Que el carlismo no es toda Navarra! ¡evidentemente!, que Navarra no se puede identificar como a veces se ha hecho: 'Navarra igual carlismo' [...]. El carlismo ha sido una minoría en Navarra, pero una minoría potente. Muy potente. ¡Pero pretender identificar Navarra con el carlismo como se hizo después de la guerra...! ¡Oiga usted!, ¡no!».

⁷ No puede establecerse una identificación absoluta de tradicionalismo y carlismo, pues aunque el segundo se fundamente primordialmente en el primero, éste adopta formas políticas diversas y se incorpora a otras muchas de modo parcial. Sobre este tema véase VÁZQUEZ DE PRADA, M. y CASPISTEGUI, F.J., «Tradicionalismo y política. Orígenes y evolución hasta el régimen de Franco», *Symposium La Política Conservadora en la España Contemporánea, 1868-1982*, Madrid, UNED, 1991. En este artículo y, al hilo de muchos de los textos utilizados, ambos conceptos se superponen.

hispánicas»⁸. Afirmaciones como ésta venían repitiéndose desde la guerra civil: «Estando Navarra tan vinculada al Carlismo, no aciértase a dilucidar si éste recibió del antiguo reino su prestigio legendario, o si, por ejemplo, las Amezcóas [sic] aumentaron el suyo [...] gracias a los triunfos de Zumalacárregui»⁹. Navarra se representaba como la tradición carlista encarnada, su ejemplo vivo, «el territorio del carlismo»¹⁰. Por ello, su defensa era la defensa del modo de vida tradicional, del tradicionalismo. Era vista como compendio de los mejores valores de la tradición entendida desde un punto de vista tradicionalista: religiosidad, paz, tranquilidad social, espíritu nacional, respeto a la herencia recibida... en definitiva, la tradición hecha geografía, física y humana, la Arcadia que recogiera Mañé y Flaquer¹¹. Dadas estas condiciones, lo lógico era que la asociación de Navarra y el carlismo surgiese automáticamente en un momento culminante, fruto maduro de un proceso cuyos orígenes estaban en una primigenia intervención divina. Fue entonces cuando el «carlismo, confiado por la Providencia a la navarrería [sic]», dio el paso: «Si Fernando el Católico recibió Navarra en Burgos, el Caudillo, ungido como tal en la misma atmósfera de la Casa del Cordón, se trasladó al antiguo reino a plasmar en sencilla y profunda solemnidad la entrega del Carlismo a la Nación. Porque ha llegado la plenitud de entrambos, y considerando que la tutela y custodia de las esencias tradicionales resultaría injustificada y recelosa, dado que las respira el ámbito peninsular, su guardián centenario depositó el tesoro en las manos dignas de recogerlo y consagrarlo *urbi et orbe* [sic]»¹². Palabras como éstas eran seguidas de manera

⁸ DEL BURGO, Jaime, «Navarra y el carlismo», en su *Bibliografía del siglo XIX. Guerras carlistas. Luchas políticas* (Pamplona, 1978e²), p. 1.070; este mismo argumento en CONDE, E., *La cruzada de Occidente. Escritos políticos. Envío a Navarra* (Barcelona, 1957), pp. 76-77, 128. J.M^o Ocón comentaba: «Por España y por Dios, y por los Fueros / las libertades básicas / tal como realiza / la admirada Navarra». Y añadía: «Dios hizo a Navarra de 'barro de la tierra', 'et insuflavit in faciem eius spiraculum vitae', alma de acero y llama en la frente. Y la geografía manda en la Historia» (*Esfuerzo Común*, 117 (1970), p. 3). Estos puntos de vista se prolongaron y fundamentaron ideológicamente las luchas contra el Trienio Liberal y los orígenes de la Primera Guerra Carlista, tal como recoge, por ejemplo MARTÍN, Andrés, *Historia de la guerra de la División Real de Navarra contra el intruso sistema llamado constitucional y su gobierno revolucionario*, Pamplona, 1825.

⁹ GARCÍA SANCHIZ, F., *Del Robledal al Olivar. Navarra y el carlismo* (San Sebastián, 1939), p. 17; desde otro punto de vista: TONI RUIZ, Teodoro, S.J., *La lección de Navarra*, Burgos, 1938².

¹⁰ GARCÍA SANCHIZ, F., *Navarra*, Madrid, 1943. Sin paginar.

¹¹ MAÑE Y FLAQUER, José, *El Oasis. Viaje al país de los fueros*, Barcelona, 1878-1880; BLINKHORN, M., «Land and power in Arcadia: Navarre in the early twentieth century», en: GIBSON, R. y BLINKHORN, M. (eds.), *Landownership and power in Modern Europe* (Londres, Harper Collins Academic, 1991), pp. 216-234; F. García Sanchiz, nombrado hijo adoptivo de Navarra en julio de 1939, señalaba: «[L]os legendarios vascos, los históricos descendientes suyos, se instalaron a placer en su tierra, fecunda, fuerte, espiritual. Nutriánse con abundancia, trabajaban sin desmayo, imploraban al cielo y se guardaban de los intrusos. Una Arcadia heroica, la Navarra. Yo no recuerdo que nadie me pidiese nunca en su recinto limosna» (*Del Robledal al Olivar*, p. 61). Y añade más adelante otras consideraciones sobre la pureza moral de los navarros: «Majos y desafiadores, los riberanos [sic]; mas nunca, entre tantísimos duelos, se registró un crimen monstruoso, parricidios y demás». Y añade: «Y la mujer es arriscada, y con su independencia, jamás licenciosa» (*Ibidem*, p. 59). Y es que, como señalaba en su *Navarra*: «El temor de Dios y la moral consiguiente rigen los ánimos y las costumbres».

¹² Ambas citas de GARCÍA SANCHIZ, F., *Del Robledal al olivar*, pp. 120 y 149, respectivamente.

entusiasta por los asistentes a las recitaciones que Federico García Sanchiz pronunció en Pamplona durante e inmediatamente después de la guerra.

En el carlismo, señalaba Conde, «como en toda empresa humana, hay razones de fondo, y matices de forma. Las razones de fondo las tiene y mantiene Navarra, casa por casa y piedra por piedra. La forja de cien años de paciente persistir, ha creado el ejemplo único de un pueblo entero, en el que todas sus células sociales, familia, municipio, gremios y comunidades, se aglutinan merced al más católico y auténtico lema, que les sirve de guión y les define. Su Dios, Patria y Rey es el principio y fin de su razón de ser, y gracias a esto, este pueblo admirable ES. [...] Estas son las auténticas razones de fondo que coinciden en el Carlismo y en Navarra». Con estos fundamentos, la guerra civil significó el momento en que esta visión de Navarra obtuvo un más fuerte impulso, su consagración definitiva al amparo de la situación española: «España necesita para poder definirse, frente a lo que quede de la Europa descoyuntada e inerme, de una estructura moral tan importante y firme como la que se nos antoja posee esta Navarra invariable»¹³. Considerada punto de anclaje, bastión de principios tan inmutables como su propio ser, «ferreo e inviolable departamento estanco»¹⁴, Navarra afrontaba el régimen de Franco con inmóvil solidez, impávida desde los principios imperantes, con una imagen paulatinamente en declive aunque mantuviese parte de su vigencia: «se puede ver claramente la importancia central del catolicismo en la vida de los navarros en la incidencia tan alta y prolongada del carlismo en la provincia»¹⁵.

Los rasgos del parentesco entre el tradicionalismo y Navarra

El periodista Francisco López Sanz, ante la concentración de carlistas andaluces de El Quintillo (abril de 1964), señalaba que dicho acto «tiene el carácter, para nosotros de gran honor, de homenaje a Navarra, la de la Tradición, la del Carlismo, la del 19 de julio, la de Montejurra, la de siempre, porque en cerca de siglo y medio, que es la época de liberalismos, anticlericalismos, negaciones, marxismo, odio a la Religión y a la Tradición, de Monarquías frívolas que presiden todas esas calamidades, [...] y de República desmelenada y agresiva traída por tales monárquicos de pacotilla, Navarra, a la que hoy se rendirá homenaje [...], fue siempre todo eso: Tradición, posición inequívoca, Carlismo, lealtad a los postulados inmortales, consecuencia inalterable, firmeza en las convicciones sin andarse por las ramas de la

¹³ Las dos citas en: *La cruzada de Occidente*, 77. La visión de varios corresponsales de la intervención navarra en la guerra civil en NORIEGA, F.M., *Fal Conde y el Requeté juzgados por el extranjero. Crónicas de prensa* (Sevilla, 1979^a).

¹⁴ CONDE, E., *La cruzada de Occidente*, p. 126.

¹⁵ MACCLANCY, J., «Navarra», en: LISÓN TOLOSANA, C. (comp.), *Antropología de los Pueblos del Norte de España* (Madrid, 1991), pp. 122-123.

cuquería de la hipótesis y del comodín del mal menor, y boina roja, que lo dice todo. [...] [H]oy, [...] nuestro espíritu estará en el Quintillo, [...] en ese cariñoso homenaje fraterno que el Carlismo andaluz rinde a Navarra, a la Navarra tradicional y carlista que también extiende su gratitud y corresponde con hermandad a todos los que como ella piensan y sienten los ideales inmortales»¹⁶.

En la convocatoria a los actos se señalaba que «[s]erá un homenaje a la sin par Navarra, cuna del Carlismo, la que entre los pliegues de su bendita bandera lleva bordada la gran Cruz Laureada de San Fernando, el máximo galardón otorgado por el Caudillo en premio a su heroico y ejemplar comportamiento, a su generosidad sin límites para con la Patria, a su entrega total en servicio de sus sagrados ideales»¹⁷. Los méritos contraídos se resumían con largueza: «Navarra, la invicta, la religiosa, por Carlista, la patriótica, por sus tradiciones y Fueros, y la monárquica, por tradicionalista y honrada». El homenaje era merecido por quien «lo dio todo sin pedir nada, porque así ha sido siempre el Carlismo, generoso y desinteresado, valiente y desprendido, heroico y soñador, intrépido y tajante, como todo lo grande y sublime. A esa Navarra, atenta siempre a los intereses y a la grandeza de España, misionera del mundo para Cristo y vigía constante, que jamás tolerará que los principios del 18 de Julio sean vulnerados y tergiversados. A esa Navarra que lleva en el corazón el espíritu del gran Apóstol, nacido en su suelo, San Francisco Javier, y que en sus Sanfermines asombra al mundo con el indómito valor de sus mozos en los encierros feriales. A esa Navarra culta, honrada y generosa, que sabe ceder sus casas y sus dormitorios, sus comidas y su servidumbre a los que hasta ella llegan para estudiarla, conocerla y comprenderla. A esa Navarra cuyas piedras lapidarias hablan del verdadero y auténtico Carlismo, y a cuyas tierras hemos acudido más de una vez para fortalecer nuestro espíritu con su recio temperamento y su fe acrisolada, [...] para saciar nuestras ansias religiosas y patrióticas, a cobrar bríos para seguir luchando con lealtad como Carlistas dignos de la Causa, a sentirnos unos navarros más y, por ende, más españoles»¹⁸.

El protagonismo de Navarra en las guerras civiles del siglo XIX se incrementaba y magnificaba especialmente por su participación durante la de 1936-1939. Se dejaba

¹⁶ «Homenaje a Navarra en el Quintillo», *El Pensamiento Navarro* (en adelante EPN), 5-4-1964, p. 16.

¹⁷ En noviembre de 1937 Franco visitaba Pamplona con el fin de entregar a Navarra la máxima condecoración colectiva, que pasaría a incorporarse a su escudo: «Como recuerdo a la gesta heroica de Navarra en el Movimiento Nacional y homenaje a quien tan reciamente atesora las virtudes de la raza, concedo a la Provincia de Navarra la Cruz Laureada de San Fernando, que, desde hoy, deberá grabar en sus escudos». Sobre este tema véase: Coronel SALAS LARRAZÁBAL, *Cómo ganó Navarra la Cruz Laureada de San Fernando*, Madrid, 1980.

Posteriormente, durante la Transición, la permanencia o desaparición de dicho símbolo generó una amplia polémica. El punto de vista de quienes optaban por mantenerlo: *Navarra no renuncia a su laureada*, Comisiones de Navarros, Madrid, 1983.

¹⁸ FERNÁNDEZ CANTERO, A., «Andalucía por Navarra», EPN, 2-4-1964, p. 8. En dichos actos, P. González de Quevedo, jefe carlista de Sevilla, «hizo el ofrecimiento del homenaje con un canto emotivo y sentido a la heroica Navarra, la generosa y desprendida, la española por Carlista y la cristiana por tradición; homenaje merecido y justo que le hacía en nombre de Andalucía desde el histórico Quintillo».

de lado cualquier manifestación que no concordase con la visión tradicional, ajustada al modelo dominante tras ella. La disidencia respecto a este estereotipo era rechazada como antinavarra. La forma carlista del tradicionalismo era elemento de enganche, símbolo de identificación y, como tal, garante moral y último de dicha situación.

La aparición de los requetés voluntarios y el papel clave que jugaron los líderes carlistas navarros en la decisión de intervenir en el levantamiento, hizo que dicha asociación fuese confirmada, añadida a la de la Navarra fiel al 18 de julio, unánime -en la consideración de quienes defendían este punto de vista- en su respuesta a la amenaza anti-española por anti-religiosa¹⁹.

Por otro lado, era, en efecto, la imagen que convenía a muchos sectores interesados en limitar el papel del carlismo a una manifestación folklórica, ya que reduciendo la importancia del mismo a una provincia, la hipotética necesidad de efectuar concesiones acababa en ella. Además, dadas las características específicas del régimen foral navarro, dichas concesiones no habrían de ser tales, sino más bien su confirmación, garantizada por la más alta instancia en caso de conflicto²⁰.

Se mezclaban así los rasgos que contribuyeron a dar una imagen monolítica de Navarra durante buena parte del franquismo, ejemplo no sólo para España, sino también para el mundo²¹: por el arraigo de lo religioso se la consideraba bastión de la unidad católica, ejemplo de comunidad tradicional basada en la familia, desarrollada en los municipios y comarcas, gestionada con éxito por la institución navarra por

¹⁹ Valga como ejemplo el fragmento de una «Glosa» de SAB (F. López Sanz), tal vez uno de los autores que mejor expresaron dicha imagen: «Había que haber vivido aquel día en Pamplona y en Navarra, para comprender que tan brioso Alzamiento no brotó por generación espontánea, sino porque Navarra tenía unas reservas morales incalculables; porque la Tradición lo presidía todo; porque el Carlismo había adquirido una fuerza considerable y porque sus hombres maduros, cada vez más firmes en la lealtad y sus jóvenes, llenos de valor y de santas impacencias, habían organizado la fuerza militar del Requeté que se haría famosa en la defensa de Dios y de la Patria, y pensando en el Rey». Navarra «implantó sin vacilaciones la proscrita Bandera española y marchó cantando el Oriamendi por todos los caminos españoles de la Reconquista», EPN, 19-7-1962, pp. 10 y 8. Véanse también AROSTEGUI, J., *Los combatientes carlistas en la guerra civil española, 1936-1939*, Madrid, Aportes Siglo XIX, 1991; VÁZQUEZ DE PRADA, M.; CASPISTEGUI, F.J.; RÍPODAS, A. y RUIZ, R., «El franquismo en Navarra y la crisis del carlismo: una aproximación a través de las fuentes orales», *I Encuentro de investigadores del franquismo* (Barcelona, 1992), pp. 73-76; PEÑAS BERNALDO DE QUIRÓS, J.C., *El Carlismo, la República y la Guerra Civil (1936-1937)*, Madrid, Actas, 1996.

²⁰ Buen ejemplo de ello son los contrafueros, nombre con el que se definían las disposiciones legales establecidas desde el poder central que atentaban contra las particularidades específicas de Navarra. Véase: VÁZQUEZ DE PRADA, M. y RUIZ, R., «Los contrafueros de 1952-54 y la oposición carlista al franquismo en Navarra», *II Encuentro de investigadores del franquismo*, I (Alicante, 1995), pp. 235-246.

²¹ Así lo proponía E. Conde al afirmar (1943): «Es preciso lanzar hacia el mundo tu grito de fe. España es la peana y Navarra te brinda el argumento. Argumento sencillo y heroico, preñado de intransigencia, luminoso de fe y tramado de tradición». Navarra era la nueva Covadonga, «depósito inmaculado de este puñado de hombres, que tienen y mantienen las esencias de la tradición católica del mundo». Por ello, recomendaba: «Para entrar en España sólo queda un camino, y este camino es Navarra». Y terminaba: «Para entrar en el mundo ya sólo queda un camino, y este camino es España» (*La cruzada de Occidente*, p. 27). Ver también la nota 31.

excelencia: la Diputación²²; por estas características privativas, pero a su vez por su defensa de España, se la hacía símbolo de la unidad nacional frente a los nacionalismos; por el arraigo de modos de vida tradicionales, era ejemplo de un sistema económico autosuficiente en el que no existía la lucha de clases ante el general arraigo de la tradición. Este espíritu se recogía en principios que hacían girar el conjunto en torno a lo religioso²³.

En esta visión de Navarra, el carlismo no suponía un elemento más: era la representación completa, la encarnación explícita de una forma de comprender la vida. En ella se integraban otros aspectos diversos (social, religioso, institucional) que complementaban la imagen de la Navarra esencial, que era la tradicionalista²⁴.

Esta imagen era acompañada y respaldada, a su vez, por una indefinida conciencia popular de peculiaridad. La existencia de factores específicos como puntos de referencia respecto a los «otros», hacía que para los navarros fuese sencillo marcar las diferencias y, pese al carácter de ejemplo para la unidad nacional, del que eran bien conscientes, el convencimiento de ser garantes últimos y esclarecidos de dicha unidad les convertía en la reserva de una concepción de España que los distinguía e individualizaba en lo moral además de en lo institucional. La conciencia de ello llevó al alarde de dicha condición, manifestada hasta en los menores detalles²⁵.

²² «Esa proverbial honradez con que el antiguo reino se administra, lo mantiene en un reposado bienestar, hasta en las aldeas»; «La Diputación Foral, supervivencia del patriarcalismo; Juntas de hombres buenos, tan contrarias al proverbial Comité»; «una de las Corporaciones de más celosa administración en el mundo» (GARCÍA SANCHIZ, F., *Navarra*). Ya antes había emitido García Sanchiz similar opinión respecto a Pamplona y su ayuntamiento, cuya sede definió como «un mueble arquitectónico, un bargueño, donde guardaba los papeles de una administración minuciosa y clara, ejemplarmente doméstica», y por consiguiente opuesta al modelo de ciudad moderna, despersonalizada y sin esencias (*Del robleal al olivar*, p. 70).

²³ «De Roncesvalles a Montejurra y de Aralar a Javier van los trazos de una cruz que señala esta tierra, en el mapamundi, como algo digno de consideración: Aralar nos une al viejo reino; Montejurra a la España tradicional; Roncesvalles, a Europa; y Javier, al mundo», OLLAQUINDIA, R., *Al este, Javier*, EPN, 1-3-1964, pp. 1 y 10.

²⁴ «Termino [...] rindiendo mi homenaje de gratitud, admiración y cariño a esa sin par Navarra, corazón del carlismo español y gloria de España. Porque ha sabido conservar incólume a través de los tiempos esas recias virtudes raciales, patrimonio glorioso de nuestros mayores, con un tesón, con una entereza y una bizarría inigualables. La cuna de los grandes misioneros como San Francisco Javier, sigue alumbrando al mundo con la luz esplendorosa de su fe y de su patriotismo, con la claridad meridiana de su lealtad, de su nobleza y de su generosidad», FERNÁNDEZ CANTERO, A., «Desde Córdoba. Y por fin llegué a Montejurra...», EPN, 14-5-1963, p. 16.

²⁵ «Se trata de señalar cómo fuera se siente con mayor intensidad el cariño a todo lo que supone navarrismo y así nos suelen tachar, cuando quiera que hacemos algo en común, de que hemos hecho una 'navarrada'. Pues, bien, que digan los demás lo que gusten y que se nos brinden muchas de estas ocasiones para repetir». «Navarrada», EPN, 24-3-1964, p. 3. En parecidos términos se inscribía la crónica de J. Lasanta sobre los actos que los navarros residentes en el barrio de Mombau de Barcelona realizaron en conmemoración del 19 de julio. De ellos «salió el firme propósito de constituir donde quiera que se encuentren la Guardia Permanente de los Derechos de Dios-Patria y Rey». Terminaba con la «felicitación por la intensa labor que realizan de catolicismo, navarrismo y carlismo» (EPN, 25-7-1962, p. 2).

Estos aspectos tocantes a las representaciones colectivas hacen referencia habitualmente al conjunto de ideas y valores específicos de una sociedad, independientes de las representaciones o imágenes

Existía en este punto de vista más un deseo que una realidad, un falso convencimiento de que la utopía tradicionalista se había logrado en plenitud, cuando en realidad existían sectores que en modo alguno compartían el tradicionalismo y, aun entre éstos, eran cada día más los disconformes. Así, este monolitismo comenzó a quebrarse, como fruto en gran parte de las transformaciones que la sociedad estaba sufriendo. El propio carlismo fue perdiendo su condición unitaria, lo que llevó a que en dicha imagen se fuesen introduciendo matices por quienes no la compartían.

El carlismo navarro revitalizado y difuminado

Los años sesenta supusieron el inicio de una esperanza de revitalización para el carlismo navarro. La sustitución como Jefe Regional de Joaquín Baleztena por Francisco Javier Astráin (1957), la inauguración del Círculo Vázquez de Mella en febrero de 1960, tras quince años de vacío, y la aparición de D. Carlos-Hugo de Borbón-Parma, hijo del pretendiente D. Javier, en los Montejurras de 1957 a 1959, despertaban la ilusión de un posible regreso a los «buenos viejos tiempos»²⁶. Y, sin embargo, persistía la dolorosa constatación de profundas divisiones, trágicamente puestas de manifiesto en los incidentes entre diversos grupos carlistas de la plaza del Castillo de Pamplona de diciembre de 1945. Desde aquel momento se hizo evidente que el carlismo sólo podía mantenerse de dos arriesgadas formas: en colaboración con el régimen o en la oposición. La primera opción fue escogida desde sus inicios por el grupo carlooctavista, seguidor del hijo de Dña. Blanca y reacio a cualquier posible acuerdo dinástico con la rama juanista, así como por el carlismo «oficial» a partir de 1955 y hasta fines de los sesenta; la oposición completa predominó en este último hasta 1955 y en muchos de sus seguidores de forma permanente también después de dicha fecha²⁷. Igual fue la postura de la Regencia Nacional Carlista de Estella. En el

mentales individuales. Este concepto tuvo su principal defensor e iniciador en Emile Durkheim (*Les règles de la méthode sociologique*, París, Alcan, 1895) y hoy es muy discutido. Para este tema pueden verse: BOYER, P., «Répresentation (Système de)», en: BONTE, P. e IZARD, M. (dirs.), *Dictionnaire...*, pp. 626-627; CHARTIER, Roger, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Madrid, Gedisa, 1992, especialmente, pp. 45-62.

²⁶ Es significativo el siguiente testimonio sobre las elecciones municipales y la renovación parcial de la Diputación de 1960: «acabamos de obtener un triunfo que ni lo hubiésemos podido soñar hace algún tiempo». Carta de I. Tapia a M. Ferrer, 30-11-1960. Archivo Carlista de Sevilla (A. Melchor Ferrer), en adelante A.M.F.

²⁷ Buen ejemplo de ello fue la actitud de Rafael Gamba: «La política de acercamiento al régimen (o de acogida de un supuesto llamamiento del Generalísimo), que Ud. siempre ha propugnado, producirá, a mi juicio, [...] los siguientes efectos: 1º resultados políticos nulos; 2º situación de ridículo general ante el país; 3º desaliento, división y aun violencias graves entre los Carlistas» (R. Gamba a J.Mª Valiente. 15-12-1957. A.M.F.); en carta posterior consideraba más grave la situación y mantenía su negativa a que el carlismo se convirtiera «en fuerza de reserva de un régimen desacreditado y opuesto por esencia a cuanto el carlismo y la honradez representan». Pese a todo, no veía «una verdadera protesta entre los antiguos carlistas que nos sirvieran de guía y ejemplo, ni aun entre el ambiente general. Parecen todos estar a gusto» (carta a M. Ferrer. 20-7-1959. A.M.F.).

caso del carlismo navarro, la opción de sus dirigentes había estado caracterizada por un característico pragmatismo. Ello no impidió el mantenimiento de su carlismo junto a una colaboración más o menos explícita con el régimen durante los primeros años. De ahí la escasa consistencia de posiciones extremas como las de los carlooctavistas o la Regencia.

El carlismo navarro se henchía orgulloso de su pasado y cantaba sus glorias a la menor ocasión, a pesar de que su peso específico en Navarra era cada vez más reducido. Recurría a la guerra civil, muy presente entre los miles de navarros que en ella participaron, marcando el carácter carlista y religioso de esta participación. Valgan como ejemplo la colecta realizada entre los ex-requetés del Tercio del Rey para entregar una campana a la iglesia del pueblo de Las Casas de San Galindo (Guadalajara)²⁸; el traslado desde Sevilla y entierro en el Monumento a los Caídos del requeté navarro de más edad²⁹; o el traslado y entierro del primer requeté navarro muerto en acción bélica³⁰. Todo ello iba configurando una tradición que perpetuaba los heroísmos del pasado, creando una continuidad que daba sentido a la supervivencia de una fuerza, el carlismo, a la que se entendía más con sentido totalizador que como grupo político. Quizá pudiese decirse que Navarra era vista desde el tradicionalismo carlista como el «territorio piloto» de lo que habría de ser la sociedad tradicionalista del próximo futuro: religiosa, siempre dispuesta al mantenimiento de la unidad patria ante cualquier amenaza y por ello celosa de sus instituciones privativas, armónica, justa en sus aspiraciones sociales aunque consciente de las diferencias. Pasado y futuro se correspondían de forma armoniosa.

²⁸ «Recuerda, excombatiente Requeté, que en la Cruzada, y con nuestra participación personal, reconstruímos dicha Iglesia, no pudiendo, entonces, colocar una campana por ser su torre nuestra fortaleza. Pero ahora, en la bien ganada paz, estamos moralmente obligados a su restauración total, para que, con sus sonos de paz en la tierra a los hombres de buena voluntad, perpetúe nuestra hermandad» (EPN, 23-5-1962, p. 2).

²⁹ El traslado de los restos de Severiano Arregui Olalquiaga se convirtió en asunto oficial mediante la intervención de la Diputación, que envió a J.M^o Echarrri Loidi a Sevilla (8-6-1962. Archivo Administrativo de Navarra. Actas de Sesiones Diputación. 1962. 362 r^o). Contactó allí con M. Fal Conde, a través del cual se iniciaron las gestiones. Cuando ya se perdía la esperanza de dar con él, fueron localizados los restos (*El Correo de Andalucía*, 27-6-64, p. 9; FERNÁNDEZ ROVIRA, J.A., «Carta informativa desde Sevilla», EPN, 27-6-1964, p. 13; *ABC*, 26 y 27-6-1964, p. 57; *Sevilla*, 26-6-64; *El Correo de Andalucía*, 26-6-64; *Pueblo*, 27-6-64). Ya en Pamplona, se celebraron diversos actos oficiales (EPN, 29-7-1964, p. 10; 30-7, p. 1 y 2; SAB, «Desde hoy formará en la escolta de Sanjurjo y Mola», 30-7, p. 12; 31-7, p. 1 y 8). Véase el artículo de ECHARRRI, J.M^o en EPN, 2-7-1964, p. 8.

³⁰ EPN, 16-5-1963, p. 2 y 19-5, p. 2. El 19 de mayo de 1963 se efectuó el traslado del cadáver de Joaquín Muruzábal a San Martín de Unx. El relato trataba de dar al hecho la máxima solemnidad: «El recorrido de la comitiva fúnebre por las estrechas y empinadas calles del pueblo, en medio de un silencio absoluto, con el redoblar triste de los tambores destemplados fue impresionante. El féretro avanzaba en medio de un mar de boinas rojas, flanqueado por las banderas. Al llegar a la altura de la casa familiar de Joaquín Muruzábal, se detuvo la comitiva para que la anciana madre contemplase los restos de su hijo». El simbolismo e importancia del acto fueron puestos todavía más de relieve cuando, tras la misa, los restos fueron inhumados junto a los del general Lerga y a los del abad Clemente Gorri. EPN, 21-5-1963, p. 11.

Este espíritu explicaría las llamadas a navarrizar España³¹. En el fondo, tales llamadas apelaban a un modelo de sociedad: el modelo tradicionalista, arraigado en una comunidad básicamente rural, suficientemente próspera, adormecida en el murmullo de su tradición histórica y salvaguardada por la infalibilidad de la religión católica como fundamento último de todo el conjunto. Una sociedad así era la que el tradicionalismo carlista aspiraba a instituir en el resto de España y, ¿por qué no?, también en el resto del mundo. Desde tales planteamientos ideológicos y existenciales, lo que veían en Navarra era el punto final de la utopía. Este punto de vista era compartido por amplios sectores de la Navarra del momento, entre los que había que incluir a buena parte del carlismo.

Pero, ¿cómo entender en este panorama las divisiones internas anteriormente mencionadas, o la presencia de otras fuerzas -dentro de la reducida legalidad franquista- con evidentes intereses políticos en Navarra, o incluso los clandestinos grupos de oposición³²? El predominio efectivo en el control de la sociedad se dirimía a un nivel que en modo alguno cuestionaba la situación general, sino que la fundamentaba y permitía su pervivencia, por lo que las luchas políticas, en cualquier caso muy limitadas, apenas tenían repercusión fuera del reducido ámbito en el que tenían lugar. Las posibles discrepancias dentro del carlismo rara vez trascendían el reducido círculo de los dirigentes, básicamente centradas en modos y maneras caciquiles de actuación. De lo que se trataba era de mantener, de conservar lo existente, introduciendo las menores novedades posibles para la pervivencia de una situación que en conjunto se juzgaba como buena.

En este ambiente el carlismo navarro, cuyo componente político había quedado anulado por el franquismo (en parte cumpliendo su reiterada promesa de desaparición en el momento en que se obtuviesen sus objetivos fundamentales -nunca cumplida del todo por la imposibilidad de acceso al poder-), se mantenía inserto en el componente cultural mayoritario, es decir, un tradicionalismo excluyente en el cual

³¹ Aquí está el origen de las llamadas a la navarrización de España y el mundo que lanzó Blas Piñar en el Montejurra de 1963. Posteriormente se mantuvo esta propuesta: «Hay que navarrizar España en virtudes familiares, religiosas y cívicas. Navarra es maestra de libertades públicas. ¡Viva Navarra Foral!». Telegrama de M. Fal a EPN, 16-7-1965. Ver también la nota 21.

³² Las diferencias se limitaban a sectores reducidos, pues el común del carlismo navarro apenas la apreciaba y vivía en gran medida del recuerdo del pasado -canalizado a través de las conmemoraciones- y con el trabajo como factor de tranquilidad social -pese a las evidentes tensiones.

Buen ejemplo de ellas fueron los conatos de manifestación y las huelgas de 1951, 1952, o 1956, por no hablar de las de comienzos de los setenta Véanse: HUICI URMENETA, V.; SORAUREN, M. y JIMENO JURIO, J.M^a., *Historia contemporánea de Navarra* (San Sebastián, Txertoa, 1982) pp. 227-228; DEL BURGO, J., *Historia general de Navarra. Desde sus orígenes hasta nuestros días*, III (Madrid, Rialp, 1992), pp. 866-867, 869; VÁZQUEZ DE PRADA, M., «Franquismo y Transición», en FLORISTÁN IMIZCOZ, A. (ed.), *Historia ilustrada de Navarra* (Pamplona, Diario de Navarra, 1993), p. 635; J.V. IRIARTE, *Movimiento obrero en Navarra (1967-1977)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1995. De cualquier manera, y pese a las dificultades, era el trabajo lo que daba su tono característico a estos años: «Entonces, como había trabajo a mansalva, no nos enterábamos de nada» (U.I., Pamplona, 25-3-1992, p. 19).

no cabían las expresiones discrepantes, sencillamente porque lo existente era *lo* bueno, *lo* verdadero. Por pura lógica, fuera de la verdad sólo estaba el error, y por tanto, nada había que tener en cuenta de la figura del «otro» (desde el liberalismo o el comunismo, representación por excelencia del enemigo, hasta aquellos «otros» que, pese a estar dentro del régimen, no encajaban en el tradicionalismo cultural por su componente revolucionario: los falangistas o modernizador: los tecnócratas).

El componente familiar

La forma de transmisión familiar del carlismo marcaba con fuerza su papel en Navarra. Esta característica era fomentada desde su organización, que vio en ella una garantía de pervivencia. Buen reflejo de ello son las palabras de Francisco López Sanz, en las que explicaba por qué seguía creciendo el carlismo: «En primer lugar porque cada vez se reaviva más el espíritu carlista y, en segundo, porque los hogares carlistas se van multiplicando y la descendencia también es carlista. Aquí, podrá haber alguna excepción, pero en las familias carlistas, los hijos son también carlistas, no como algunos 'hijos de papá', que hay por ahí, que con todo pertenecer a gente 'muy bien', a lo mejor se hacen revolucionarios y hasta comunistas...»³³.

Esta transmisión de los valores carlistas no se limitaba al «ser» carlista como conciencia completa y conformadora de la personalidad social del individuo, sino que llegaba más allá, hasta los menores detalles³⁴.

El ejemplo de quienes regresaron o la memoria de quienes murieron en la guerra señalaba el camino a las jóvenes generaciones que habrían de recoger el testigo dejado por sus mayores. Esta presencia constante y directa de la tradición carlista familiar explica que fueran muchos los que confesasen sus iniciales vinculaciones carlistas, aunque posteriormente no las mantuvieran³⁵.

Los pasos siguientes en esta forma de introducción en el carlismo eran la inserción en ámbitos de socialización más amplios (cuadrilla, grupo de amigos, etc.) y, por último, la profundización consciente y teórica en la doctrina mediante el estudio

³³ «Por qué crece cada vez la animación a Montejurra», EPN, 7-6-1964, p. 8. Otro ejemplo: «Un padre burgalés, de setenta años, que subirá a Montejurra con sus diez hijos», EPN, 27-4-1962, p. 10. MACCLANCY, J., «Navarra», pp. 124-126.

³⁴ «Cuando iba a morir mi padre, [...] con sus 4 hijos varones en Tercios de Requetés, [...] encomendó a mi madre entre sus últimas voluntades, que no dejáramos *El Pensamiento Navarro*, lo que ella cumplió y luego, cada uno de nosotros, al formar nuevos hogares, lo metimos en nuestra casa». Carta de A. Izal Montero a J. Indave, Director de *El Pensamiento Navarro* (5-8-1970. Archivo Antonio Izal. Villava).

³⁵ C.A. (Baríndano, 4-12-1993) señalaba al preguntársele sobre sus orígenes carlistas: «¡pues de mi madre!» (p. 1); y, tras comentar la participación de cinco de sus seis hermanos como requetés, añadía: «como ella nos había inyectado todo eso, pues todos hemos salido a eso, al carlismo» (p. 2); G.B. (Pamplona, 6-1991, p. 11), a la pregunta de cómo conoció el carlismo, contesta: «Antes de nacer, por la familia».

y la lectura³⁶. Este proceso podía conducir a una capacitación dentro del carlismo o, lo que no iba a ser infrecuente a fines de los años sesenta o principios de los setenta, al paso a otras formaciones políticas, o al propio carlismo, pues en muchos casos en los que la tradición familiar carlista era nula o muy débil, el conocimiento de su doctrina tenía una gran importancia: «creo que era Pío Baroja que decía que el carlismo se cura leyendo, ¡pues yo llegué al carlismo leyendo!»³⁷.

Los signos de lo carlista

Es evidente que la actividad historiográfica en sus diversos niveles supone una forma particular de comunicación que puede calificarse como semiótica, dado que adscribe un significado concreto a cada acción o conjunto de acciones históricas, que por tanto constituyen significantes de esas acciones. Esto supone que diversos hechos históricos, diversos acontecimientos, pueden tener significados distintos dependiendo de la interpretación o el modo de llegar a ella, o incluso según las épocas en que sean considerados. Estas variaciones son el producto, en buena medida, de la introducción de novedades culturales que varían el contenido y alcance de muchos de ellos, tal como también lo hacen los métodos que se siguen para desentrañar los acontecimientos³⁸.

Esta diversidad interpretativa es especialmente evidente cuando los intereses predominantes no son los historiográficos -intereses que sólo han sido expresamente perseguidos en los últimos ciento cincuenta años³⁹- y cuando cada signo resulta de la

³⁶ «Así como cuando uno habla, primero aprende a hablar y aprende porque habla su padre y su madre y los que le rodean y no aprende a través de la gramática, el idioma propio y luego llega la gramática a perfeccionar lo que él ha hablado... [...] porque luego, claro, con el estudio y con la reflexión, lo que haces es buscar la fundamentación filosófico-jurídico-política de aquello que lo has profesado primero por tradición» (J.A.Z., Pamplona, 1-6-1989, p. 2-3); J. MACCLANCY, «Navarra», p. 126; M.L.A. (Pamplona, 22-12-1994, p. 1), tras comentar el carlismo familiar, señalaba: «Después sí que fui estudiando más conforme iba teniendo años». En este punto resulta fundamental acudir al concepto antropológico de enculturación, entendido como el «proceso mediante el cual toda comunidad transmite a sus nuevos miembros su propia cultura [...], lo que les hace partícipes de la identidad étnica grupal» (J. AGUIRRE, «Enculturación», en: A. AGUIRRE (ed.), *Diccionario temático de antropología*, Barcelona, Boixaru Universitaria, 1993, p. 219). En el caso carlista este proceso, centrado en el ámbito familiar y sobre todo en la madre, es especialmente importante. Ver nota 35.

³⁷ Entrevista a J.A.P.N. (Pamplona, 3-7-1995, p. 1).

³⁸ Para el punto de vista de la semiótica véase: ZIVOV, V.M., «History», en: SEBEOK, T.A., *Encyclopedic Dictionary of Semiotics* (Mouton de Gruyter, Berlín, 1994²), p. 310; desde un punto de vista historiográfico cabe destacar la *Begriffsgeschichte* o historia de los conceptos en Alemania, fundamentalmente a través de la obra de R. Koselleck. Véase a este respecto: HÖLSCHER, L., «Los fundamentos teóricos de la historia de los conceptos (Begriffsgeschichte)», en: OLÁBARRI, I. y CASPISTEGUI, F.J. (dirs.), *La «nueva»...*, pp. 69-82.

³⁹ LOWENTHAL, David, *The Past is a Foreign Country* (Cambridge, Cambridge University Press, 1985).

conjunción de su carácter propio, objetivo, y de su uso peculiar, subjetivo. Esta distinción no implica valoración historiográfica alguna, dado que de la conjunción de la objetividad del signo y de la subjetividad de su interpretación ha de surgir la comprensión más próxima posible al objeto investigado.

Esta compleja dualidad facilita las confusiones en todos los grupos sociales y comunidades humanas, incluyendo el caso que nos ocupa. En él, una forma evidente de exteriorización del signo de lo carlista se produce a través de la representación ritualizada de hechos, juzgados como relevantes, de un pasado cuyo sentido y significado configura y fundamenta la identidad del grupo en el que se incluyen.

Dos pueden ser, a tenor de lo dicho, los ejes a considerar en este universo de signos carlistas:

Conmemoraciones

En el esquema de clasificación de los signos propuesto por Charles S. Peirce, se habla de los indicios como aquello en lo que existe una vinculación física entre el signo y la realidad exterior. En este sentido, un método histórico que parta de los indicios se ajustará al carácter indirecto y conjetural de éstos, y sobre todo valorará la individualidad de lo examinado sin convertirlo en el centro absoluto⁴⁰. A este modelo podría ajustarse el examen de las conmemoraciones carlistas, indicios de unas realidades complejas en las que se desarrollaba buena parte de su ser y, lo que es aún más interesante, de lo que ellos entendían era su ser propio. Así, los indicios de lo carlista -sus conmemoraciones-, pautas fundamentales de su identidad pese a lo cambiante de su significado y a la conflictividad latente que las origina, construyen e inventan para coordinar la memoria individual con la colectiva y conformar así la ficción de la identidad única⁴¹.

⁴⁰ Véase el artículo de GINZBURG, Carlo, «Spie. Radici di un paradigma indiziario», en su *Miti, Emblemi, Spie. Morfologia e storia* (Einaudi, Turín, 1992), pp. 158-209.

⁴¹ Sobre el aspecto teórico de las conmemoraciones existe una importante cantidad de literatura reciente. Puede verse: GILLIS, John R., «Memory and Identity: The History of a Relationship», en: GILLIS, J.R. (ed.), *Commemorations*, pp. 3-24. Desde un punto de vista más concreto es especialmente destacable el ya clásico libro de HOBSBAWM, E.J. y RANGER, T. (eds.), *The Invention of Tradition* (Cambridge, Cambridge University Press, 1984) en el que se muestran diversos ejemplos de la creación e invención de tradiciones, desde los años setenta del siglo XIX, bajo un punto de vista especialmente vinculado con lo conmemorativo (véase especialmente la aportación de HOBSBAWM, E.J., «Mass Producing Traditions: Europe, 1870-1914», pp. 263-307).

A este respecto, es de destacar la obra de David Cannadine, especialmente en lo tocante al ámbito de la aristocracia británica. Uno de los ejemplos que trata en su obra *Aspects of Aristocracy. Grandeur and Decline in Modern Britain* (Yale University Press, New Haven, 1994, pp. 77-108) es el de Lord Curzon, un apasionado defensor de la pompa y el ceremonial cuya aportación en este campo define la función social de la conmemoración como «la oportunidad de presentar un argumento, impartir un mensaje, impresionar a una audiencia, reforzar el sentido de identidad de una comunidad, cementar los lazos entre el pasado y el presente» (p. 82). Véase también su «Introduction: divine rites of kings», en: CANNADINE, D. y PRICE, S. (eds.), *Rituals of Royalty. Power and Ceremonial in Traditional Societies* (Cambridge, Cambridge University Press, 1992), pp. 1-19.

Evidentemente relacionado con el aspecto conmemorativo está el concepto y puesta en práctica de la tradición⁴², pues como tal incide en la constitución de la identidad y en la configuración de una cultura política como la carlista⁴³. De hecho, entendida en un sentido muy amplio, supondría todo aquello que es transmitido desde el pasado hasta el presente, sea imagen, práctica o institución, así como la cadena de transmisión de todo ello, compuesta de eslabones no necesariamente idénticos pero en su mayoría voluntarios⁴⁴.

Víctor Pradera señaló que con la tradición trataban los carlistas de acercar el pasado al presente como modelo para el futuro. Y, si bien no se consideraba el pasado como un absoluto, sí se pensaba que en él se encontraban los rasgos o las pautas que habían de caracterizar los tiempos venideros. Por este motivo la memoria del pasado se hacía patente en cualquier situación. Dicha rememoración no es tanto el objetivo al que llegar, sino más bien una constatación del acierto en el camino escogido y un homenaje a sus actores. Los hechos de la pasada gloria carlista suponían los escalones de un proceso coronado por una culminación definitiva, lo que creó un universo de recuerdos limitado a los puntos culminantes de la historia propiamente carlista, con

⁴² Sobre el concepto de tradición –diferente del modo en que el carlismo entendía la tradición existe– un evidente interés actual en el campo historiográfico, aunque su aplicación en otros dominios procede de tiempos más remotos. No es, sin embargo, un tema especialmente tratado ni, por supuesto, valorado. Así, es significativa la obra de PELIKAN, J., *The Vindication of Tradition* (New Haven, Yale University Press, 1984) como reivindicación de un concepto clave. Sin embargo, fue Edward Shils quien inició la revisión del concepto, valorando su importancia: «Todo lo existente tiene pasado. Nada de lo que ocurre escapa completamente del abrazo del pasado» (*Comparative Studies in Society and History*, 13 (1971), pp. 122-159). Posteriormente elaboraría el ya clásico *Tradition* (Londres, Faber & Faber, 1981). Un punto de vista reciente y multidisciplinar sobre el tema en OLÁBARRI, A. y CASPISTEGUI, F.J. (eds.), *La «nueva»...*, pp. 217-232. Puede verse, desde una perspectiva más básica: NYIRI, J.C., «'Tradition' and Related Terms: A Semantic Survey», en su: *Tradition and Individuality. Essays* (Kluwer, Dordrecht, 1992), pp. 61-74, en el que trata de fundamentar el significado y alcance del concepto (especialmente, p. 73).

En otras disciplinas la tradición tenía una presencia habitual, pero sin un peso teórico importante. Así, en el caso de la antropología, un cambio de esta línea puede verse en la obra de BOYER, P., *Tradition as Truth and Communication* (Cambridge, Cambridge University Press, 1990); desde un punto de vista filosófico: KRISTELLER, Paul Oskar, «'Cretivity' and 'Tradition'», *Journal of the History of Ideas*, XLIV/1 (1983), pp. 105-113; en el campo del folklore puede verse: BRONNER, Simon J., «Introduction» a BRONNER, S.J. (ed.), *Creativity and Tradition in Folklore. New Directions* (Utah State University Press, Logan, 1992), pp. 1-38.

⁴³ Son muchos los ejemplos que podrían aportarse de situaciones similares. Sin pretensión de exhaustividad, pueden citarse: KAMMEN, M., *The Mystic Chords of Memory. The Transformation of Tradition in American Culture*, Knopf, Nueva York, 1991; PÉREZ DÍAZ, V., *La emergencia de la España democrática: la «invención» de una tradición y la dudosa institucionalización de una democracia*, Estudio 1991/18, Instituto Juan March, Madrid, 1991, especialmente pp. 23-29; FORSTER, P.G., «Culture, Nationalism, and the Invention of Tradition in Malawi», *The Journal of Modern African Studies*, 32/3 (1994), pp. 477-497; GYANI, G., «Political Uses of Tradition in Postcommunist East Central Europe», *Social Research*, 60/4 (1993), pp. 893-913; ZERUBAVEL, Y., *Recovered Roots. Collective Memory and the Making of Israel National Tradition* (The University of Chicago Press, Chicago, 1995).

⁴⁴ SHILS, E., *Tradition*, 12-13 y GADAMER, Hans-Georg, *Verdad y Método* (Sígueme, Salamanca, 1984), p. 349.

pequeñas excepciones⁴⁵. El resto no interesaba, apenas se hacía referencia a él. Dentro de este pasado todavía se seleccionaba más, centrándose en figuras o hechos protagonistas del carlismo de la tercera guerra, al menos hasta que la guerra civil de 1936 a 1939 ocupó el lugar de la anterior en el protagonismo de las narraciones familiares.

Entrando en algunos ejemplos de conmemoraciones del carlismo navarro, no institucionalizadas sino circunstanciales, pueden citarse casos como el aniversario de la matanza del Alto de la Cruz de Mañeru (octubre de 1873). Se trataba de una conmemoración de los «mártires» carlistas, muertos en defensa de su ideal⁴⁶. En estos actos era frecuente la hermandad con provincias vecinas. Así, por ejemplo, al celebrarse el 125 aniversario de la batalla de Oriamendi en San Sebastián, asistieron al mismo multitud de navarros⁴⁷.

Sin embargo, pese a los recuerdos del siglo XIX, el protagonismo fundamental en la memoria colectiva carlista acabó siendo, con amplia diferencia, la guerra civil de 1936 a 1939. Esta imagen se reflejaba en artículos publicados en *El Pensamiento Navarro*, pudiendo tal vez representar el paradigma los del ya citado Francisco López Sanz (bajo los seudónimos SAB o Lopezarra). Eran constantes las referencias al pasado en torno a la unidad religiosa como reflejo del elemento básico que había que defender y que, a su vez, fundamentaba el conjunto. Este elemento se completaba con el patriotismo enclavado en la España de las glorias imperiales, como ponía de manifiesto SAB al recordar el gesto de Navarra, vinculándola por completo al carlismo y a ésta, a su vez, a la España que marcaba el modelo tradicionalista, la del siglo XVI⁴⁸, algo con lo que, por otra parte, conectaba con facilidad el franquismo a través de su propio carácter tradicionalista⁴⁹.

Sin embargo, no todo quedaba circunscrito a lo teórico, patrimonio en buena medida de quienes podían elaborar y transmitir dichas reflexiones al resto de sus

⁴⁵ Las «Glosas» de F. López Sanz, publicadas en EPN, ofrecían una crónica de este camino hacia la Tradición. Véanse: *Relente (De los editoriales de El Pensamiento Navarro)* (San Sebastián, 1942); *Relente* (Pamplona, 1947); *Navarra en la Cruzada: episodios, gestos, lenguaje epistolar y anecdotario* (Pamplona, 1948); *De la historia carlista. Abnegación, renunciamento, heroísmo, sacrificio* (Pamplona, 1951); *¿Un millón de muertos? Pero con héroes y mártires!* (Pamplona, 1963); *¡Llevaban su sangre!* (Pamplona, 1966) y *Carlos VII. Rey de los caballeros y caballero de los reyes* (Pamplona, 1969). Como punto de comparación posible, llamativo por algunos de sus rasgos comunes, puede verse el artículo de BUCKSER, Andrew («Tradition, Power, and Allegory: Constructions of the Past in Two Danish Religious Movements», *Ethnology*, XXXIV/4 (1995), pp. 257-72), en el cual comenta la existencia de dos movimientos religiosos daneses (Grundtvigianos y Misión Interior) de llamativas similitudes con el carlismo.

⁴⁶ EPN, 18-9-1962, p. 1 y 10; DE SANTA CRUZ, M., *Apuntes y documentos para la historia del Tradicionalismo español, 1939-1966*, XXIV (Madrid, 1979-91), pp. 107-108.

⁴⁷ En aquella ocasión (abril 1962), la banda de música carlista de Placencia de las Armas inició el acto con el Oriamendi y lo acabó con el Gernikako Arbola y el Himno Nacional. EPN, 10-4-1962, p. 3; M. DE SANTA CRUZ, XXIV, pp. 89-95.

⁴⁸ EPN, 19-7-1963, p. 12.

⁴⁹ Véase VÁZQUEZ DE PRADA, M. y CASPISTEGUI, F.J., «Tradicionalismo y política».

correligionarios. También existía una vertiente más práctica y cotidiana en los actos conmemorativos, como por ejemplo las reuniones de los antiguos miembros de tercios de requetés (la citada donación de una campana; los actos en memoria de los tradicionalistas muertos en Durango durante la guerra⁵⁰, el aniversario de la toma de las Peñas de Lemona⁵¹, o las conmemoraciones en Oyarzun por el aniversario de la entrada de los requetés en la villa⁵²). Esta actitud es un reflejo patente del afán pedagógico del que se quería dotar al pasado, y del temor a que la experiencia vital, ideológica y espiritual de la guerra para muchos de los que participaron en ella -que aplicaban al conjunto de España- se perdiese entre las nuevas generaciones. De ahí la profusión de actos, buen reflejo de este temor y del convencimiento de la rectitud y valor de lo realizado⁵³.

También se conmemoraban la vida y obra de personas concretas, especialmente de los antiguos requetés fallecidos, sobre todo si en ellos concurría alguna característica especial que amplificara el carácter ejemplificador del mismo. Valga como ejemplo el ya mencionado caso de Severiano Arregui Olalquiaga, cuyo carácter simbólico -«Venció a la edad con su espíritu», rezaba la esquila que le dedicó la Hermandad de Antiguos Combatientes de Tercios de Requetés- llevó a su inhumación en el Monumento a los Caídos de Pamplona. En este mismo sentido puede mencionarse el fallecimiento en Marcilla de un requeté, veterano de la guerra de Cuba, casi anciano cuando se alistó para participar en la guerra civil. En este caso, además de reiterar la amplia presencia de voluntarios -lo que implicaba el diferente carácter de las unidades de requetés, movidas por ideales y no forzadas-, señalaba una conexión con un pasado, el decimonónico, denigrado por quienes sustentaban al régimen vigente. La participación del veterano carlista en la guerra civil (entendida como la lucha contra lo que el tradicionalismo consideraba aberración y amenaza para el orden tradicional) suponía la expiación de un pasado nefando, el triunfo de una causa justa y, concretamente en el caso del fallecido, el descanso en paz tras conseguir la victoria del ideal tradicionalista. Hechos como éste son un buen reflejo de la generalizada actitud que creía ver el «final» del periplo carlista, la consecución de sus objetivos y, por tanto, el cese de la lucha política y el abandono de las armas ideológicas. Sólo quedaba recordar y conmemorar los logros y mostrarlos a los que venían detrás⁵⁴.

⁵⁰ EPN, 7-10-1962, p. 12; DE SANTA CRUZ, M., XXIV, pp. 109-111.

⁵¹ En su convocatoria se recordaba «que hemos de acudir para demostrar que el Carlismo vive más pujante que nunca», y «para refrescar la memoria de muchos e inculcar a la actual generación el porqué de la participación del Carlismo en el Alzamiento Nacional», EPN, 26-5-1964, p. 2.

⁵² Tras una misa, habló en euskera Francisco Arzallus, de Zarauz, que entusiasmó «al auditorio hablándole en su lengua amada y de algo como el carlismo, el espíritu de los requetés y de todo lo que los oyentes sentían en su corazón», EPN, 26-7-1964, p. 10.

⁵³ Esta actitud está recogida en buena parte de las publicaciones carlistas de la época. Por ejemplo en la revista *Montejurra*. En números correlativos (18-VII-1962, p. 6; 19-VIII, p. 4; 20-IX, p. 5; 21-X, p. 6, etc.), se recordaban «Estampas de la Cruzada»; o la aportación carlista a la guerra: D.P.R., «Otra vez el 18 de julio» (18-VII-1962, p. 9). Incluso convendría añadir publicaciones infantiles como *Flechas y Pelayos*.

⁵⁴ EPN, 18-3-1964, p. 9.

No hay que olvidar, además, que el homenaje a los requetés fallecidos trasciende -en la concepción tradicionalista- el mero homenaje por los difuntos, entrando en el campo de la adoración a los mártires, pues como tales se les consideraba a todos ellos, dado que su lucha había sido, en último término, en defensa de un fundamento religioso especialmente importante en el conjunto de lo social⁵⁵. Por ello, quienes sobrevivieron -no habían sido llamados por Dios al martirio y, por tanto, se consideraban a sí mismos como menos puros, menos dignos- debían honrar a los caídos y proteger la memoria de los motivos que les llevaron a serlo. Una forma de hacerlo fue la concesión de condecoraciones carlistas, las Medallas de la Lealtad, a los ex-combatientes, pero sobre todo a viudas y huérfanos de requetés⁵⁶.

También tuvieron una gran carga de significado los actos de desagravio como consecuencia de ataques contra lugares de gran importancia carlista. En ellos se unían su carácter y la consideración simbólica y sagrada que se les atribuía.

En la Navidad de 1964 el Monumento levantado a principios de los años cincuenta a los «Caídos por Dios y por España» en Pamplona, sufrió el estallido de dos artefactos y unas pintadas con el texto: «Dios, Patria, Rey es el opio»⁵⁷. Este hecho adquirió una significación especial, dado que suponía un aldabonazo en la adormecida tranquilidad de la Navarra vencedora en la guerra, la constatación de la existencia de una oposición, de una disidencia en la cristalina y pacífica imagen de la Navarra de la posguerra. Mucho más que la mínima importancia material del atentado, su trascendencia radicó en la ruptura de la imagen que los sectores dirigentes se habían hecho de Navarra y que una buena parte de los navarros compartía. Su impacto repercutió en amplios sectores de la sociedad del momento, que se rebelaron ante el amargo despertar: «Esto nos recuerda técnicas olvidadas hace 25 años, pero que la reiteración de actos tan bochornosos, nos pueden obligar a adoptarlas de nuevo»; «Unas manos sacrílegas y cobardes han querido manchar con actos inmundos los muros Sagrados del templo que Navarra levantó a la memoria de sus mejores hijos, los voluntarios que dieron su vida para que España pudiese vivir en paz»⁵⁸.

A raíz de este hecho, se organizaron actos de desagravio. En ellos se trataba

⁵⁵ Es significativa la diferencia con la retórica falangista, más cercana a concepciones heroicas clásicas que martiriales: «Bravos requetés: centinelas insomnes de la Tradición. Bravos falangistas: artífices esforzados del Porvenir. Aunque habéis muerto para los sentidos, vuestros nombres quedan grabados en la lista áurea de los héroes. Y sois inmortales. La Patria os recordará eternamente», IRIBARREN, M., *Arriba España*, 4-X-1936, p. 1.

⁵⁶ EPN, 29-1-1967.

⁵⁷ EPN, 23-12-1964, p. 5; DE SANTA CRUZ, M., XXVII, pp. 159-160.

⁵⁸ A.M.F. Buena muestra de esta actitud es lo que se afirmaba del espíritu de la Cruzada, «única fuente donde se puede encontrar la verdadera y durable paz para nuestros hijos, conseguida a costa de la sangre de nuestros mejores» (Nota de la Hermandad de Antiguos Requetés tras el atentado. 23-12-1965. EPN, 24-12-1965, p. 15). Días después señalaban que entre sus objetivos estaba «mantener íntegramente el espíritu que llevó a Navarra a la Cruzada por Dios y por España». Pedían «una repulsa firme del agravio que se ha intentado inferir a la memoria de los que todo lo dieron por Dios y por España, a los que junto a ellos luchamos para defender a nuestra querida Patria de sus enemigos comunistas y separatistas» (EPN, 27-12-1964, p. 1).

de afirmar una identidad, cuestionada por el atentado: «Demostremos con nuestra presencia que amamos a Navarra y que por ser navarros, amamos a España y que seguimos firmes en la defensa de los mismos ideales que nos llevaron a la Cruzada»⁵⁹. Una nota de la Delegación de la Hermandad de Combatientes de Tercios de Requetés convocaba «a todos los que bajo la boina roja se aprestaron a defender nuestros salvadores ideales, y a todos los familiares nuestros, a que asistan a los actos de dicho día [3-1-1965] en el Monumento, para hacer patente a los recalcitrantes en su odio malsano, a los inconscientes desmemoriados y a todos los españoles, que los antiguos requetés, sus hijos y familiares, seguimos estando en compacto bloque con una sola alma, prestos a la defensa de la fe, de la paz, la prosperidad de la Patria y el honor de Navarra, y seguimos al igual que aquel 18 de julio, manteniendo íntegra y sin ninguna mutilación la bandera de todas nuestras lealtades, que hicieron capaz de desbordarse a los Tercios de Requetés [...] en una sublime lección de espiritualidad, generosidad, desinterés y vocación de martirio para asombro del mundo y ejemplo a nuestros hijos»⁶⁰. La Junta Regional carlista, además de calificar los hechos como terrorismo separatista, reafirmaba el apoyo al espíritu del 18 de julio⁶¹. Doroteo Ayerra, último Jefe del Tercio de Montejurra, llamaba a todos los ex-combatientes a constituirse en brigadas de investigación para localizar a los autores del atentado y a quienes lo habían instigado: «Somos muchos los navarros que en ese Monumento profanado tenemos un trozo de nuestro corazón y jamás pudimos sospechar que a estas alturas se pudieran cometer atentados contra aquellos que tan generosamente derramaron su sangre, ofrendando sus magníficas vidas por Dios, y por su amada Patria, por arrancarla de manos de sus verdugos para conseguir una España Grande y Tradicional donde se pudiera vivir como Dios manda. Ese fue el crimen que cometieron nuestros gloriosos mártires»⁶². La reacción es de sorprendido desconcierto, de estupor ante un acto que creen imposible de encajar en su imagen de la situación.

De igual manera se reaccionó ante el asalto al Santuario de la Virgen de Izaskun de Tolosa, que incluyó la profanación de las banderas de los tercios carlistas allí depositadas, o ante el ultraje a banderas carlistas en Durango⁶³.

⁵⁹ Hermandad de Caballeros Voluntarios de la Cruz, EPN, 27-12-1964, p. 1.

⁶⁰ EPN, 1-1-1965.

⁶¹ EPN, 2-1-1965.

⁶² «Mi consigna», EPN, 12-1-1965.

⁶³ Respecto a Tolosa: EPN, 13-12-1963, p. 1; 14-12, p. 7; 15-12-1963, p. 1. En la crónica de los actos de desagravio (17-12-1963, p. 1, 8 y 14) se recogía la presencia de navarros. Al terminar los actos, el canto del Gemikako Arbola, «que fue como oración de aquella muchedumbre vascongada pero españolísima, como fue siempre Vasconia. Esa fue la respuesta a la grosería de unos pobres indecentes que, como dijo [Germán] Raguán, sólo habrán dado satisfacción a cuatro menguados sacristanes». Referencias posteriores siempre achacaban a los nacionalistas el hecho en sí y lo que calificaban de actitud antiespañola (SAB, «Desagravio, vasquismo, españolismo y emoción», EPN, 17-12-1963, p. 16; Jefatura Local Carlista de Peralta, EPN, 13-12-1963; OLLAQUINDIA, R., EPN, 17-12-1963, p. 14; DE SANTA CRUZ, M., XXV, 2, p. 236). Sobre Durango: La Delegación de la Hermandad Nacional de Antiguos Combatientes Requetés mostraba su indignación en una nota combativa, amenazadora incluso, pues ofrecían más de 4.000 antiguos requetés de Navarra a los que llamaban hermanos vizcaínos. Terminaba con dos exclamaciones: «¡Gora Euskalherria! ¡Viva siempre España!» (EPN, 12-6-1965).

Además de los casos concretos, la conmemoración anual institucionalizada, hecha pauta por su potencial evocador y significativo, se centraba en las grandes figuras del carlismo de otros tiempos, especialmente los monarcas. De todos ellos destacaban Carlos VII y Dña. Margarita⁶⁴ y D. Alfonso Carlos y Dña. María de las Nieves⁶⁵. También se conmemoraba a próceres carlistas como el General Alejandro Utrilla o al Conde de Rodezno⁶⁶.

Pero junto a ellos, el calendario festivo específico del carlismo coincidía con fechas religiosas relevantes o, al menos, suficientemente señaladas, lo que justificaba su repetición y su elevación al carácter de tradición⁶⁷. A diferencia de otras manifestaciones de la conmemoración, las fiestas carlistas, sus celebraciones, estaban lejos de suponer una manifestación del poder, aunque sí pretendían, en última instancia, obtenerlo⁶⁸. Algunas de las celebraciones anuales más significativas eran las siguientes:

- *Fiesta de Reyes*. Aunque con el propósito de resaltar la festividad religiosa, en el fondo de los actos latía una clara significación político-ideológica. Las crónicas de los mismos aparecen repletas de veladas alusiones a la legitimidad de ejercicio y referencias al carácter de celebración monárquica, así como de críticas contra la dinastía enemiga, encarnación del «antimodelo», de todo aquello que no había de ser la monarquía tradicional, carlista⁶⁹.

⁶⁴ EPN, 29-1-1960, p. 1; 27-1-1962, p. 2; 28-1-1962, p. 1. Véanse las biografías de LÓPEZ SANZ, F. [citada en nota 45] y la de DEL BURGO, J., *Carlos VII y su tiempo. Leyenda y realidad*, Pamplona, Gobierno de Navarra/Fundación Hernando de Larramendi, 1994.

⁶⁵ EPN, 14-2-1960, p. 1. Sobre el último pretendiente carlista en línea directa señala M. Ferrer que los años en que se mantuvo al frente del carlismo (1931-1936) fueron «un período fecundo, y a don Alfonso debe dársele la gloria y el honor de haberlo presidido» (*Don Alfonso Carlos de Borbón y Austria-Este*, ECESA, Sevilla, 1979, p. 8 separata de la *Historia del Tradicionalismo Español*, XXX).

⁶⁶ Al General Utrilla en cuanto fundador de las unidades carlistas de Navarra, «precursoras del Alzamiento Nacional» (EPN, 14-2-1963, p. 10; 27-2-1963, p. 6; 17-7-1964, p. 1; 19-7, p. 5; 21-7, p. 2). Rodezno «aquel caballero, hijo de madre navarra y que, aunque no nació en esta tierra, por navarro se le tuvo siempre y navarro se le consideró, por sus cargos, por su ascendencia y por la defensa que hizo de Navarra. [...] El Conde de Rodezno, como auténtico navarro, no hizo otra cosa que representar y honrar a Navarra como podía hacerlo un hombre de su prestigio, de su talento y de una tan grande proyección nacional» (EPN, 10-8-1962, p. 1; 10-8-1963, p. 1).

⁶⁷ Pueden verse a este respecto las conclusiones de VERRET, Michel a *Les usages politiques des fêtes aux XIXe-XXe siècles*, dirigido por CORBIN, Alain; GEROME, Noëlle y TARTAKOWSKY, Danielle (Paris, Publications de la Sorbonne, 1994), pp. 425-435, especialmente pp. 433-435.

⁶⁸ CANNADINE, D., «Introduction»; TARTAKOWSKY, Danielle, «Les fêtes de la droite populaire», en CORBIN, A.; FEROME, N. y TARTAKOWSKY, D., *Les usages...*, pp. 305-316.

⁶⁹ «[E]n este día celebramos siempre la fiesta de la Monarquía cristiana, de la exaltación de la Monarquía verdadera que no puso una vela a Dios y otra al diablo sino que defendió con energía y constancia la verdad y rechazó y persiguió al error. La Monarquía Tradicional que simbolizan esos Magos, tan distintos [...] del Rey Herodes. [...]».

«[L]a fiesta de la Monarquía cristiana, de la que apenas quedan agradables reminiscencias, pero que vive con plenitud en este día, que es el suyo, porque en él nació y en él echó sus raíces cuando los monarcas se sintieron servidores del Señor y vivieron para glorificarle y proclamar su augusta Soberanía sobre toda otra soberanía de la tierra», LÓPEZ SANZ, F., «La fiesta de los Reyes y de la Monarquía Tradicional», EPN, 6-1-1962, p. 12. Volverá sobre el tema en: «La exaltación de la realeza cristiana», EPN, 7-1-1962, p. 12).

Esta afirmación de principios carlistas suponía un juego, una forma de dar a conocer a los correligionarios que, en la complicidad de los términos comunes y las alusiones veladas, seguía existiendo un nexo de unión, una llama constante, el hilo que mantenía una urdimbre cada vez menos espesa. En todas ellas se mezclaban referencias al presente y al pasado, pero siempre con un matiz de esperanza, con un afán pedagógico y aleccionador⁷⁰.

Valgan también como referencia las actividades que la pamplonesa peña⁷¹ del *Muthiko Alaiak* (de origen carlista) realizaba con motivo de dicho día. De todas ellas quizá la más destacada era la recuperada y ancestral fiesta del Rey de la Faba: «En este día de Reyes, fiesta de la Monarquía Tradicional, el 'Muthiko Alaiak', esta Sociedad de jóvenes carlistas, de tanta historia y tradición, que han mantenido la entidad con tesón y sacrificio celebrará [...] el reparto de juguetes [...] y por la tarde [...], se celebrará la tradicional fiesta del Rey de la Faba. [...] Sabemos que los jóvenes del 'Muthiko Alaiak' han trabajado con entusiasmo [...], como había de esperar tratándose de una sociedad de jóvenes carlistas que tanto quieren a los Reyes»⁷². Una fiesta en origen alejada de cualquier intencionalidad política o ideológica pasaba a contar con dicho componente.

- *Fiesta de los Mártires de la Tradición*⁷³. Probablemente era la fiesta carlista de mayor arraigo, hasta el punto de que su significado fue adoptado de manera inmediata por el régimen, que pasó a organizarla de manera oficial⁷⁴. A su vez, esta circunstancia llevó durante muchos años a la separación de los actos en Navarra: por un lado la celebración oficial, que trataba de apropiarse de una fiesta que honra principios a los que nominalmente se adhería y, por el otro, la carlista, que procuraba mantener su propia personalidad tradicionalista. Era, además, una forma de hacerse

⁷⁰ «[L]os soberanos de esa Monarquía que se sienta en el pueblo y tiene sus profundas raíces en él, necesitan de su apoyo decidido y desinteresado, porque Monarquía que no tenga calor popular, que le falte ese sentimiento y esa ayuda, que viva divorciada del verdadero pueblo, en el que debe buscar su sostenimiento, no tiene nada que hacer más que derrumbarse por haber perdido lo que no supo conservar siéndole tan necesario». Y termina: «Ya vuelven a su tierra, ya se han perdido de vista pero dejan sus huellas imborrables y su promesa de que volverán. Su promesa y su palabra. Y la palabra de rey es segura y se ha cumplido siempre. Cuando los Reyes han sido tan amantes de su pueblo como los Reyes Magos», LÓPEZ SANZ, F., «Ya se fueron los reyes, pero volverán», EPN, 8-1-1963, p. 12.

⁷¹ Una definición de peña como «típica extensión de la cuadrilla juvenil» la ofrece HOMOBONO, José Ignacio, en «Ámbitos culturales, sociabilidad y grupo doméstico en el País Vasco», en TOLOSANA, C.L. (comp.), *Antropología*, pp. 97-101, 99 para la cita.

⁷² EPN, 6-1-1960, p. 7.

⁷³ Para Guipúzcoa: CALVO VICENTE, C., «La fiesta pública durante el franquismo. Instrumento socializador del tradicionalismo en Guipúzcoa, 1936-1951», en *I Encuentro de Investigadores del Franquismo* (Barcelona, 1992), pp. 175-178.

⁷⁴ Un ejemplo fueron las convocatorias realizadas en Madrid. Para la de 1962, véase: EPN, 11-3-1962, p. 5. La presencia de funcionarios en ella era obligatoria, como se señalaba desde Tolosa: «No diremos que la concurrencia fue tan numerosa como había derecho a esperar, puesto que los más llamados a acudir 'brillaron por su ausencia'. [...] Y eso que los actos del día 10 de marzo tienen carácter oficial y oficialmente 'se nos invita' a asistir... a los mismos» (EPN, 17-3-1962, p. 9).

en Navarra con la legitimidad carlista, con el peso de la fuerza mayoritaria, una forma de plantear la pugna entre el poder estructural y el poder social -un poder social-⁷⁵.

Esta pugna marcaba, bien a las claras, la cada vez mayor distancia entre la jerarquía de la Comunión Tradicionalista y el régimen. Por otro lado, los carlistas de a pie mantenían su apego a las formas externas del carlismo -familia real, actos multitudinarios-, mientras que la escasa base doctrinal tradicionalista (mucho más vital que racional⁷⁶), añadida a la generalizada falta de motivación por lo político, abocaban a un régimen que hacía públicas sus semejanzas con el tradicionalismo. Incluso ante los conflictos mantenidos entre la administración central y la de Navarra, la respuesta de las más altas instancias del régimen nunca acababa de perjudicar a Navarra, por lo que, pese a que durante los primeros momentos el carlismo pudiese llegar a instrumentalizar el descontento generado en su propio beneficio, la posterior respuesta de las autoridades nacionales zanjaba la situación con una medida de gracia que, finalmente, causaba una sensación de contar con el «superior» favor del Jefe del Estado, tranquilizadora para la conciencia navarra general que, a su vez, redundaba en una reafirmación de la adhesión, no tanto al régimen como a quien lo dirigía.

En otros lugares de Navarra, la Fiesta de los Mártires tenía un contenido mucho más vinculado al recuerdo de los muertos en la guerra civil, más cercanos que los fallecidos en contiendas carlistas previas. De ahí los escasos problemas de competencias y el manifiesto carácter nostálgico de la celebración⁷⁷.

Estos actos, de tono más estrictamente conmemorativo, eran previamente preparados en el aspecto doctrinal mediante la celebración de conferencias⁷⁸ y la

⁷⁵ En Pamplona, esta dualidad se ve con claridad. Así, en 1962 se celebró por separado. Incluso cambió la fecha de celebración, que para la convocatoria carlista fue el 18 de marzo. La única coincidencia entre los asistentes estuvo en F.J. Astráin, que acude a la «carlista» como Jefe Regional Carlista de Navarra y a la «oficial» como representante del Instituto Nacional de Previsión. Otra significativa coincidencia era el lugar de celebración: el Monumento a los Caídos (EPN, 11-3-1962, p. 12). Algo similar ocurrió en 1963, con una convocatoria «oficial» (EPN, 9-3-1963, p. 1; 12-3, p. 1 y 14) y otra «carlista» (EPN, 13-3-1963, p. 2; 17-3, p. 1, 2 y 7). En cambio, el año 1964, pese a que la convocatoria siguió siendo separada, a la «oficial» asistió buen número de carlistas. Esta muestra de cortesía tuvo mucho que ver con el acuerdo entre ambas partes tras la celebración de las elecciones municipales y a diputados forales de 1963-1964, en las que la candidatura «carlista» obtuvo la victoria. En probable compensación, los carlistas asistieron, aunque manteniendo el grado de discrepancia que suponía la convocatoria propia (EPN, 11-3-1964, p. 1-2).

⁷⁶ Valga como ejemplo de la imagen de ella: «los ideales, mantenidos, mejor que con la doctrina, con una romántica añoranza de los hechos que referían sus actores o cuando menos sus testigos», en: GARCÍA SANCHIZ, F., *Navarra*.

⁷⁷ Valgan como ejemplo los actos celebrados en Peralta (EPN, 21-3-1963, p. 2; 13-3-1963, p. 2; 13-3-1964, p. 9); en Estella (EPN, 11-3-1962, p. 5; 12-3-1963, p. 8); en el círculo del Barrio de Capuchinos de Pamplona (EPN, 1-4-1962, p. 1; 23-4-1964, p. 2); Tafalla (EPN, 17-3-1963, p. 7 y 13); Pitillas (EPN, 17-3-1963, p. 13); Lumbier (EPN, 24-3-1963; p. 13); Villava (EPN, 24-3-1964, p. 13); o Tudela (EPN, 15-3-1964, p. 13).

⁷⁸ Así, la convocatoria para una conferencia en el Círculo de Pamplona sobre «La Fiesta de los Mártires de la Tradición en el pensamiento de Vázquez de Mella», señalaba que con dicho acto se honraría la memoria «de los que nos marcaron el camino del deber y del honor». Fue pronunciada por el abogado de San Sebastián Germán Raguán (EPN, 7-3-1962, p. 5; *Montejurra*, III/14 (marzo 1962), p. 3). En otras

publicación de comentarios en *El Pensamiento Navarro*, señalaban el carácter de efeméride propio de la fecha, aunque al carlista no fuese necesario -puntualizaban-recordarle los sacrificios⁷⁹.

- *Montejurra*. Esta montaña constituye un punto central de la geografía de este grupo en Navarra y, por tanto, de la propia Navarra durante el franquismo. En sus faldas se desarrollaron diversas acciones militares durante las dos guerras del siglo XIX. Posteriormente, de 1936 a 1939, una de las unidades formadas por requetés se denominó igualmente Montejurra⁸⁰. Este conjunto de referencias a las glorias militares del pasado explicaba en buena parte la elección de este lugar como centro de conmemoración de dichas acciones.

Aunque en el origen estaba claro el deseo de recordar a los caídos carlistas más recientes⁸¹, este recuerdo no implicaba necesariamente el olvido de los más antiguos: «Peregrinación de cruzados hoy, con un nombre glorioso y una historia actual: Montejurra y los requetés. Evocación de estampas del siglo pasado y de éste»⁸². Ya desde estos inicios se estaba creando una tradición con un significado y un ámbito muy concretos: «El resultado de la romería de este año, nos la presenta ya como una institución que ha de perdurar en tiempos sucesivos, para recordar por siempre de una manera viva, la actuación brillante y decisiva de los Tercios, en la Cruzada que se inició el 19 de julio de 1936»⁸³. Este va a ser el espíritu en las convocatorias sucesivas, como señalaba José Ángel Zubiaur al recordar el objetivo de los que la idearon: «crear una romería que en la honra de la Santa Cruz sufragase a los que murieron en su defensa y mantuviese la tónica y el recuerdo de la Cruzada»⁸⁴. Años después, era Francisco López Sanz quien comentaba el camino que Montejurra llevaba para convertirse en tradición: «El Montejurra [...] está lleno de recuerdos y evocaciones,

ocasiones el tema era una excusa para mantener la vigencia de los principios y la esperanza en ellos. Véase la conferencia de Ramón Massó sobre «La ley de Sucesión» del jueves 14-III-1963 (EPN, 15-III-1963, p. 2).

⁷⁹ «[N]osotros no olvidamos estas fechas y no necesitamos recordatorios ni aldabonazos que nos despierten la memoria. Nacidos a la sombra de la Tradición [...], no podemos dejar pasar por alto esta fecha que es de recuerdo y de conmemoración, de homenaje y de oración por todos los que sufrieron y murieron [...] defendiendo la bandera de Dios, Patria y Rey, la bandera tradicional española, frente a las ideas, usurpaciones e ilegitimidades de la revolución», LÓPEZ SANZ, F., «Los Mártires de la Tradición viven en el recuerdo», EPN, 10-3-1962, p. 12. Véase también su Glosa de exaltación de los mártires de la Tradición (10-3-64, p. 16). Otro artículo señalaba: «[L]os Mártires de la Tradición son algo especial que el Carlismo se honró con ellos como su más legítima gloria, como su espejo más irresistible, como su testimonio más contundente, como su ejemplo más insuperable», EPN, 10-3-1960, p. 1.

⁸⁰ CIA NAVASCUES, P., *Memorias del tercio de Montejurra*, Pamplona, 1941; AROSTEGUI, J., *Los combatientes carlistas...*, I, pp. 158-195.

⁸¹ «Hoy en Montejurra, viudas y madres y hermanas, llorarán delante de la cruz que lleva el nombre bajo el cual luchó y murió aquel requeté de su alma», EPN, 3-5-1940, p. 1.

⁸² EPN, 1-5-1940, p. 1. De igual manera comentaba en sus orígenes, en 1942, un anónimo artículo de EPN (5-5, p. 6): «Comprendiendo estos cien años de lucha, surgió del mismo corazón del pueblo esta romería de Montejurra».

⁸³ EPN, 4-5-1940, p. 1.

⁸⁴ EPN, 3-5-1942, p. 1.

porque fue testigo mudo de múltiples heroísmos y renunciamientos y desde entonces se incorporó al patrimonio espiritual del Carlismo como Montaña Sagrada de la Tradición»⁸⁵. Sin embargo, el referente fundamental seguía siendo el de la guerra civil, y -para Jesús Elizalde- en el «recio sabor de rito religioso popular que rememora y conmemora en símbolo, incruentamente, un hecho real, magnífico y cruento: nuestra Cruzada y la parte decisiva y heroica que en ella tomó Navarra»⁸⁶ radicaba su éxito. Ya en 1954 se inició una asimilación mayor del elemento decimonónico⁸⁷, perfectamente establecido e incorporado a fines de los cincuenta. La tradición se estaba creando mediante la incorporación del panteón heroico carlista, hasta convertir la cumbre navarra no sólo en un acto conmemorativo local, sino en el símbolo carlista, histórico y político, por excelencia.

Es significativo del carácter que quiso dársele la elección de la fecha de celebración: que fuese coincidente con la del primer domingo después de la festividad de la Invencción de la Santa Cruz.

Francisco López Sanz recordaba la mañana lluviosa del 3 de mayo de 1939 y el sentido que se le dio a una ascensión que transcurrió «en un ambiente fraterno e idealista, impregnado de tradición y de añoranzas carlistas, [...] con un espíritu de romeros y peregrinos que tan reciamente lo manifestaron en la lucha a la que ellos, con su fe y con su cruz, con sus sentimientos cristianos y su encendido fervor religioso [...] dieron inconfundible tonalidad de Cruzada. [...] [T]ampoco les arredró a los que con los mismos sentimientos, con iguales ideales, con el pensamiento en los mártires que se sacrificaron por legar a España una paz duradera y justa y alentados por los supervivientes valerosos, se subió a Montejurra en la primera Romería carlista». A los veinticinco años de su inicio se recordaban esos primeros pasos:

«La idea nació en la mente de la señorita Asunción Arraiza, quien, con todo el fervor de aquellos momentos, la expuso al hombre capaz de llevarla a la práctica [...].

Este hombre, que nos informa de cómo se inició y llevó a la práctica la primera romería de Montejurra, no es otro que Tarsicio Ortiz. [...] El día 19 de abril de 1939, en el Paseo de Sarasate, se encontró con Asunción Arraiza [...]. Le dijo: «Tengo una idea metida en la cabeza que no la puede hacer nadie más que tú». Acto seguido se la expuso.

«En verdad que no había tiempo material para llevarla a cabo tal como la había concebido la señorita Arraiza, pero él, un hombre curtido en peores lides en el campo de batalla, no podía echarse atrás y afrontó la situación.

Faltaban sólo 22 días y había que hacer un Vía-Crucis ¿A quién dirigirse? Lo pensó y lo hizo.

⁸⁵ EPN, 30-4-1947, p. 4.

⁸⁶ EPN, 2-5-1948, p. 6. También lo expresa así otro artículo posterior: «Mañana es el día de la oración de los que perdieron a sus hijos, a sus maridos, a sus hermanos, en nuestra Cruzada, para ganarlos -si es cierta nuestra cristiana esperanza- en el cielo» (EPN, 5-5-1951, p. 1).

⁸⁷ DE SANTA CRUZ, M., XVI, pp. 92-95.

Fue donde Martinicorena a quien le pidió le fabricara 14 cruces de tres metros de alto y 10 por 10 centímetros, pero con la condición expresa de que habrían de estar colocadas a lo largo de toda la ladera de Montejurra antes del día 3 de mayo. La tarea era poco menos que imposible. Pero el espíritu reinante, el deseo de colaboración mutua, pudieron con todos los imposibles. [...]

Aún surgió un nuevo pero. Cada Cruz debía llevar grabados los nombres de todos los Tercios Carlistas. [...]

Inmediatamente comuniqué mi idea a la familia Arraiza, a quienes gustó mucho, y acto seguido llevé los nombres a casa de Martinicorena que, no obstante el corto plazo y este nuevo trabajo, cumplieron para la fecha prevista.

Las cruces, con todos los detalles señalados, costaron unas 1.500 pesetas, pero, aunque teníamos lo principal, pasaban los días y no habíamos ultimado los detalles, para lo cual nos reunimos varias veces en casa de don Pedro Arraiza y finalmente, desde allí, llamamos por teléfono a don Trifón Larumbe, por entonces alcalde de Ayegui, para pedirle que preparara 14 plintos de cemento para las cruces y uno mayor arriba, además de la perforación en la roca para el altar. [...]

Faltaban pocos días y había que darle carácter oficial por lo que Tarsicio Ortiz, sin encomendarse a Dios ni al diablo, se erigió en Presidente de la Comisión de Ex-Combatientes y con ese título dirigió un besamanos a todas las autoridades. [...]

El párroco de Ayegui, don Joaquín Vitriáin, bendijo las cruces y ofició todos los actos religiosos que se celebraron, en humilde tributo a cuantos figuraron encuadrados y los que aún estaban en aquellos Tercios que se rememoraban en las cruces»⁸⁸.

A este primer Montejurra se acercaron Isabel de Borbón-Parma, enfermera del hospital Alfonso Carlos de Pamplona y hermana de D. Javier, regente y representante de la pretensión dinástica en ese momento; y el conde de Rodezno, ministro de Justicia, que subió a caballo. El primer capellán fue Joaquín Vitriáin, párroco de Ayegui, desde donde se salía entonces. Y con ellos, ex-combatientes, familiares y las madres de los fallecidos en la guerra. De una de ellas señalaba López Sanz: «Y aquella santa mujer, católica y carlista, sencilla y buena, llevaba la Cruz en la primera romería de Montejurra, con legítimo derecho, como madre de un héroe, de un mártir de la Tradición»⁸⁹.

Como puede apreciarse, el origen de los actos de la cima navarra tuvo un carácter básicamente local o, como máximo, comarcal, y completamente vinculado a la conmemoración de los muertos carlistas durante la última guerra civil, con un sentido religioso estricto: «Era necesario a nuestra generación, tan probada por las agitaciones de revueltas y guerras, calmar una angustia, repetir un sacrificio, cicatri-

⁸⁸ LARRION A., J.L., EPN, 28-4-1964, p. 8.

⁸⁹ LOPEZ SANZ, F., «Recuerdos y añoranzas de los veinticinco años de la Romería de Montejurra», EPN, 3-5-1964, pp. 20 y 4. Otro relato de este primer Montejurra en BALEZTENA, D. y ASTIZ, M.A., *Romerías navarras* (Pamplona, Bescansa, 1944), pp. 83-84. Estos autores califican la de Montejurra como la romería de las madres navarras. Véase también: SANZ, L.M., «Montejurra: el final de un símbolo», *Diario de Navarra*, 8-5-1994, p. 28.

zar con las oraciones una herida: el hueco abierto en los hogares por la falta de los hijos queridos, que un día, en arranque de sublime heroísmo, partieron, bendecidos por todos, para nunca más volver. [...] Con esperanza plena en la inmortalidad, con caridad ferviente, perpetúa la romería del Montejurra el recuerdo de nuestros muertos y les ofrece cada año el público tributo de las plegarias»⁹⁰. Esta imagen todavía se mantenía entre algunos sectores en 1977, cuando la división del carlismo era evidente, y se hablaba de Montejurra como del «impresionante monumento a las glorias inmarcesibles del Carlismo, ganadas en cien batallas a lo largo de su brillante historial. Es camino recto de una conducta ineludible y es meta gozosa de obligaciones cumplidas. Es pedestal que sostiene nuestras banderas por sí mismas. Es altar donde se celebran ritos religioso-patrióticos siguiendo las páginas del pontifical de la Patria. Es culto a los héroes que dieron su vida por Dios y por España. Es un recuerdo emocionado de gratitud y es oración fervorosa de creyentes». Y refiriéndose a sus contrarios, señalaba: «Todo lo que se oponga a las exigencias de Dios, a la unidad de España, al régimen privativo de nuestro viejo Reyno de Navarra y a la cúpula de estos principios básicos que es la institución monárquica, será cualquier cosa, lo diga quien lo diga, pero no será Montejurra»⁹¹.

En este sentido se orientaba la aprobación por la Autoridad Eclesiástica de la Hermandad del Vía Crucis de Montejurra (1956)⁹². Para completar el conjunto, el jesuita Valeriano Ordóñez elaboró el texto de un Vía-Crucis de acuerdo «con los ideales vibrantes que defendieron los gloriosos protagonistas de la Cruzada de Liberación»⁹³. Estos ideales podrían resumirse en las siguientes expresivas frases: «Montejurra es la más clara revelación de que el secreto de España, la luz de su Historia es que la Religión Santa, la Unidad Católica, el servicio de la Iglesia, el Reino de Cristo en una palabra, fueron la forja de la nacionalidad, su alma colectiva, el vínculo de unidad entre sociedades políticas varias y diversas, aunadas por un fin común y guiadas por una Institución fecunda. Y en esa revelación elocuente de cada año van confesados los postulados geniales del Carlismo. Auténticos, genuinos, cuando los preside la legitimidad dinástica»⁹⁴.

⁹⁰ BALEZTENA, D. y ASTIZ, M.A., *Romerías navarras*, p. 73.

⁹¹ «Nuestro Montejurra», EPN, 8-5-1977, p. 20.

⁹² Su primer capellán, Joaquín Vitrián, definía así sus objetivos: «La Hermandad del Vía Crucis Penitencial de Montejurra [...] es una asociación piadosa voluntaria que tiene por objeto fomentar el culto a la Santa Cruz en general y practicar en particular el rezo del Santo Vía-Crucis en sufragio de los Mártires en nuestra Cruzada. Todo esto a la vez que se procura mantener viva la llama del espíritu que la animó» (EPN, 6-5-1962, pp. 14-13). Dos años después manifestaba: «Montejurra es una supervivencia del espíritu de la Cruzada a través de los años. Es el santo y seña, la bandera enhiesta de la Patria redimida. Montejurra ha polarizado los corazones y los entusiasmos de la gran familia carlista. [...] A Montejurra lo cimentaron nuestros padres con la mejor de las argamasas: heroísmos, sacrificios y lealtad, cuando corrían sus lomas y defendían las trincheras, escudando sus pechos con la sacrosanta bandera de Dios, Patria y Rey. Aquella semilla fructificó en los Requetés, que en 1936 hicieron alto honor a sus antepasados» (EPN, 19-4-1964, pp. 1 y 12).

⁹³ IS-ORVAL (V. Ordóñez), *Vía-Crucis. Montejurra*, Vitoria, 1964. Aprobado en 1957.

⁹⁴ Cuartilla «Montejurra, 1963» (A.M.F.).

Este fue el tono predominante de los Montejurras hasta 1957, fecha de la primera aparición en la cumbre de Carlos-Hugo de Borbón-Parma, hijo de D. Javier de Borbón. A partir de esta fecha iba a introducirse un elemento nuevo en el desarrollo de los actos que cambió su carácter de manera decisiva. Dicha presencia en la cumbre navarra suponía un giro fundamental en la dubitativa actitud de D. Javier respecto a su pretensión a la corona de España, puesto que la consideración de su hijo como príncipe de Asturias, con lo que dicho título suponía respecto a los derechos dinásticos, implicaba la existencia de un rey al cual habría de suceder. A partir de esos momentos, el acto religioso y conmemorativo fue adquiriendo un matiz político cada vez más intenso. Valga como ejemplo un texto referido al Montejurra de 1970, en el que se afirmaba que los carlistas no fueron de excursión, «sino a participar en una convención política»⁹⁵.

A ello habría que añadir su apertura hacia un carácter plenamente nacional, superando la fase navarra de la conmemoración⁹⁶, aunque hubiera quien todavía mantuviese la idea de Montejurra como «[r]omería de todos los navarros»⁹⁷. No supuso ello, sin embargo, un abandono absoluto de los parámetros religioso-conmemorativos anteriores, que permanecieron vigentes⁹⁸, tanto por el mantenimiento del rezo del Vía-Crucis, como por la mención a los considerados mártires del carlismo en las sucesivas guerras mantenidas desde el siglo XIX.

⁹⁵ «Examen de conciencia», *Montejurra*, 52 (mayo-junio 1970), p. 14. Para una comparación entre los mensajes de las concentraciones de 1963 y 1974, véase: CASPISTEGUI, F.J., «'Del Dios, Patria, Rey' al 'Socialismo, Federalismo, Autogestión': dos momentos del carlismo a través de Montejurra (1963 y 1974)», *III Congreso General de Historia de Navarra* (Pamplona, septiembre de 1994) (en prensa).

⁹⁶ Así, la convocatoria de 1962 señalaba que la concentración «es navarra en su origen, pero que se ha hecho nacional, como nacional es el Montejurra, nacionales las ideas carlistas que representa y nacional la santa Tradición que, frente al liberalismo y a la revolución, se mantuvo firme y enhiesta» (EPN, 22-4-1962, p. 1); «Montejurra, aforanza y evocación de ayer e ideal de hoy y de siempre, tiene ya carácter de gloria nacional porque nacional es el Carlismo que en torno a Montejurra se reúne todos los años para renovar su juramento de fidelidad a los ideales de Dios, Patria y Rey, rezar por los que murieron por ellos y sentirse cada vez más católicos, más españoles y más enamorados de la Monarquía tradicional» (EPN, 2-5-1962, p. 10).

⁹⁷ BIURRÚN S., F.J., «Mañana subiremos a Montejurra», EPN, 5-5-1962, pp. 10 y 12. Idea no compartida desde otros sectores: Véase la carta de M. Fal Conde a J.A. Zubiaur (13-5-1964. Archivo Manuel Fal Conde, C^a Correspondencia Z.3), que señalaba que de Montejurra «se hace una identificación con Navarra, tal vez mayor de la real».

⁹⁸ Para un análisis antropológico del significado de Montejurra son fundamentales los estudios de MCCLANCY, J., «El misterio de Montejurra», en FERNÁNDEZ DE ROTA, J.A. (ed.), *Rito y misterio*, La Coruña, 1992; *Navarra y The Decline of Carlism. Anthropology and History in Northern Spain, 1939-1989*, (manuscrito), a quien agradecemos sus valiosas orientaciones, así como la consulta del original de su libro.

Símbolos e iconos

En este caso, la presencia de signos se hace materia palpable. Símbolos e iconos, convenciones materiales e intentos de asimilación más o menos fieles al original, realistas o ideográficos, se pretende acercar de manera menos indirecta, más cercana al conjunto del carlismo, aquello que quiere transmitirse. En estos casos, la intencionalidad pedagógica parece más explícita y, hasta cierto punto sirve de complemento significativo para el marco más amplio de la conmemoración. Vestimentas, imágenes, estandartes, insignias y un largo etcétera de elementos diversos, configuran el universo material en el que el carlista puede encontrar de una manera más cotidiana los fundamentos de su vinculación al grupo. Esos pequeños detalles materiales le permiten situar de manera palpable su propia vinculación a un grupo mayor, aseguran su familiaridad con el conjunto y le insertan en un ámbito que reconoce como propio. Resultan, por tanto, fundamentales para consolidar la conciencia grupal, la pertenencia, la identidad. Sin ellos, la identificación habría de limitarse a un proceso intelectual que dificultaría las adhesiones.

Símbolos e iconos carlistas los hay a decenas y no es quizá el lugar para un repaso exhaustivo de todos. Sólo comentaré alguno de ellos.

Tal vez uno de los elementos más visibles y representativos de la apariencia carlista es la boina roja y, como tal, presente en multitud de manifestaciones⁹⁹. Sin embargo, más allá de lo meramente formal, la boina roja se asimila a la esencia de lo carlista, representa el elemento formal de dicha esencia. Buen reflejo de ello es la *Ordenanza del Requeté*, publicada por la Comunión Tradicionalista durante la guerra civil y en la que se realiza la sinécdoque de asimilar al todo del soldado carlista con la parte de la boina roja: «Te llamas 'Boina Roja', porque eres soldado selecto, entusiasta, leal, y la Tradición tiene en tí el más firme y valioso sostén»¹⁰⁰. Esta identificación va a permanecer posteriormente, haciéndose especialmente patente en momentos como las romerías-concentraciones de Montejurra. Así, en la del año 1963, se desarrollaba este simbolismo y se insertaba en un marco significativo más amplio; así, 1) asociaba las cruces de la ascensión a Montejurra con el «amor a Dios» y con las que acompañaron a los requetés durante la guerra. En el dogma trinitario corresponderían al Padre, lo central y más importante; 2) la bandera como símbolo de

⁹⁹ Desde títulos de publicaciones (véase ROLDÁN GONZÁLEZ, E. y ROLDÁN NAVARRA, R.M., *Prensa Tradicionalista-Carlista en la Hemeroteca Municipal de Sevilla*, Sevilla, Hemeroteca Municipal, 1994, pp. 23-24) a préstamos de su materialidad más objetiva a ámbitos ajenos al propiamente carlista: «uniforme» sanferminero, uniforme de las policías autonómicas vasca y navarra, etc.

¹⁰⁰ Muerto el jefe carlista de la localidad navarra de Villatuerta, sobre su féretro se colocó la boina roja que el finado «llevó por cimera en la Cruzada» (*Montejurra*, III/13 (1962), p. 9). Pero no es sólo una impresión carlista. La asimilación de carlistas y boinas rojas es permanente y generalizada. Así, otro periódico local, *Diario de Navarra*, la recogía en sus crónicas (7-5-1963, p. 16). Un último ejemplo de esta asimilación es el que se produce en torno a la figura de Antonio Molle Lazo: GARCÍA, A., *Antonio Molle Lazo, «mártir de la boina roja»*, Barcelona, 1986.

la Patria, «aquella bandera española que estuvo proscripta, desterrada, durante la República antiespañola», correspondería al Hijo, exiliado primero, durante su aprendizaje y posteriormente sufriendo el Calvario -la anti-España de la propaganda tradicionalista- para resucitar en majestad -la implantación de la bandera auténtica según esa misma propaganda-; y 3) la boina roja, símbolo de la Monarquía Tradicional, correspondería al Espíritu Santo, el portador de la Buena Nueva, el que difunde la nueva era para el hombre -los requetés, durante la guerra, difundiendo con su actuación la buena nueva del mundo tradicional a los liberados-¹⁰¹.

Banderas y estandartes¹⁰², imágenes como las creadas por Carlos Sáenz de Tejada, que mantuvieron en pie la idea -entre otras- de las tres generaciones en lucha durante la guerra civil, o las de Gustavo de Maeztu, y las de Stoltz que cubren la cúpula del monumento dedicado a los Caídos en Pamplona, insignias, condecoraciones¹⁰³ y títulos¹⁰⁴, libros conmemorativos¹⁰⁵ y pancartas, carteles y canciones¹⁰⁶, elementos que en un largo etcétera cubren de sentido estos puntos de referencia de lo carlista.

¹⁰¹ EPN, 26-4-1963, p. 16. Esta simbología se repite comentada incluso en el mismo acto de Montejurra. Lo menciona J.M.^a Valiente en su discurso de Estella cuando pide «boinas en alto en el último saludo a la Legitimidad de la Monarquía» (DE SANTA CRUZ, M., XXV/1, 1963, p. 170). Véase también: MCCLANCY, J., *The Decline of Carlism*, especialmente su capítulo sexto, y CASPISTEGUI, F.J., «'Del Dios, Patria, Rey' al...».

¹⁰² La Generalísima, estandarte elaborado por la esposa de Carlos María Isidro en 1833, viene a ser el principal de todos ellos. Presididos por motivos religiosos, tuvieron un papel destacado hasta la guerra civil de 1936-1939. Posteriormente su presencia se vio paulatinamente sustituida por banderas y pancartas, aunque su valor referencial no perdió importancia.

¹⁰³ No son infrecuentes en los años sesenta los actos de entrega de medallas, especialmente las dedicadas «A La Lealtad de los Requetés» en la Cruzada creada el 4 de noviembre de 1964 y que premiaban tanto a carlistas supervivientes como a sus familiares. Un significativo ejemplo de esta entrega es la que se realiza a la Virgen del Puy de Estella (EPN, 13-6-1967, p. 1).

¹⁰⁴ Quizá uno de los más importantes en la etapa franquista sea el de caballero de la Orden de la Legitimidad Proscripta. Así destacaba Manuel Fal Conde su valor dentro del carlismo: «Nada más significativo y peculiar de su esencia política que la Orden de la Legitimidad, de cuya más alta distinción, V.M. me ha hecho también nueva merced y que de corazón, emocionado y enardecido de amor a la Dinastía, agradezco» (A.M.F., 28-12-1967). También se concedieron títulos nobiliarios. Así, comenta D. Javier de Borbón en carta a J.M.^a Valiente la utilización por su parte del título de Conde de Molina. Señala también su decisión de conceder a su hijo Sixto el título de Duque de Aranjuez. Comenta que se reserva el uso o distribución de títulos como Duque de Madrid, Duque de Elizondo, Conde de Montemolín, etc. Señalando que con ello mantiene y homenajea la memoria de la dinastía de la legitimidad (A.M.F., 4-11-1963).

¹⁰⁵ Quizá el más significativo sea el titulado *Caldos por Dios y por España. Navarra 1936-1939*, Pamplona, Gómez, 1951, con el listado de fallecidos en la guerra. Véase también el folleto que daba cuenta del acto de entrega de este libro, en el que el protagonismo carlista es mucho mayor.

¹⁰⁶ A este respecto pueden citarse diversas recopilaciones centradas en el período de la guerra civil, aunque de hecho, pervivieron otras más antiguas, fundamentalmente de la tercera guerra carlista y, en menor medida, de la primera: BALEZTENA, D., *Cancionero Popular Carlista*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1957; JEFATURA REGIONAL CARLISTA DE CATALUÑA, *Cancionero Carlista*, Barcelona, Jefatura Regional Carlista de Cataluña, 1965; COMUNIÓN TRADICIONALISTA CARLISTA, *Canciones Carlistas*, Sevilla, Ecesa, 1981; GARCÍA SERRANO, R., *Cantatas de mi mochila*, Madrid, Movierecord, 1992; BELLOSILLO, M., *Tercio de Requetés Valvanera. Semblanzas y canciones*, Madrid, Aportes XIX, 1992.

Todos ellos nos pueden proporcionar las formas de concreción de lo que durante su prolongada historia ha constituido lo carlista.

¿Puede contestarse la pregunta planteada al inicio del artículo? Es difícil afirmarlo con seguridad, dado que primero habría que plantear a qué momento aplicar la respuesta: inicios del franquismo, finales, comienzo de la transición... Además, resulta evidente que los puntos de vista que habría que tener en cuenta no pueden limitarse al carlista, aunque éste suponga en muchas etapas un argumento de interés fundamental. Por último, habría que tener en cuenta si es posible hablar de una única identidad para un ámbito como el navarro o cualquier otro¹⁰⁷.

Por ello la respuesta no puede darse aún. Tal vez, desde un enfoque que varíe su orientación podría afirmarse que desde el tradicionalismo -no sólo, aunque sobre todo carlista- se trató de crear un modelo de comprensión de Navarra que primero apenas recibió contestación pública, posteriormente creció el rechazo hacia él y, por último, quedó desacreditado en algunos aspectos, aunque no en su totalidad. ¿Era *la* identidad de Navarra la que estaba en cuestión? Probablemente desde uno de sus aspectos, pero difícilmente su totalidad, mucho más compleja y variada de lo que una única forma podría admitir en su afán hegemónico¹⁰⁸.

El modelo de identidad que el tradicionalismo carlista propuso para Navarra pugnó por el predominio sin conseguirlo, aunque durante los años cuarenta y cincuenta se acercase mucho a ello. Posteriormente apareció el conflicto de identidades y lo que pretendió ser una imagen única hubo de convivir en pugna con otras explicaciones identitarias. Todo ello ayuda a comprender algo más la imagen de una comunidad que, como cualquier otra, se pregunta sobre sí misma y pretende llegar a entender lo que fue para entender lo que es y lo que será.

¹⁰⁷ GILLIS, J.R., «Memory and identity...», pp. 3-4, 16.

¹⁰⁸ *Ibidem*, 8; BUCKSER, A., «Tradition, Power...», p. 262.